

SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS DEL ESTUDIO DE LAS LENGUAS PALEOHISPÁNICAS¹

Javier de Hoz

El estudio de las lenguas paleohispánicas no ha cesado de crecer en los últimos años tanto en volumen como en resultados. La mayor parte de esa investigación se ha dirigido por buenas razones a la documentación epigráfica, pero por supuesto no han desaparecido otros enfoques tradicionales como los estudios onomásticos o de substrato, aunque no hay duda de que en disciplinas como la lingüística romance y la historia del español no juegan el papel significativo que jugaron en otros tiempos.² Se trata sin embargo de aspectos indispensables de la paleohispanística, de los que no se puede prescindir máxime teniendo en cuenta lo deficitario de nuestras fuentes, y que pueden beneficiarse de los progresos que se han derivado del estudio de las inscripciones, por lo que sería deseable que no sean desatendidos. Por otra parte la metodología que exigen tiene peculiaridades y está llena de puntos problemáticos, por lo que me ha parecido que podría ser útil una breve revisión de algunos de éstos, en su mayor parte extraída de diversos capítulos de una obra en preparación.

1. Las lenguas paleohispánicas en su totalidad son lenguas fragmentariamente atestiguadas;³ de cada una de ellas poseemos un *corpus* restringido que no contiene sino una pequeña representación del inventario léxico y gramatical de la lengua, por lo que es imposible dar una descripción

¹ Este trabajo se ha realizado dentro de los proyectos PB96-0615 de la SEUI y 06/0122/99 de la Comunidad de Madrid. Dada la masa de bibliografía que existe sobre muchos de los temas que debo tocar he procurado reducir en lo posible las referencias, que en casos implican una elección claramente arbitraria entre muchas obras de similar interés. Por supuesto la mayor parte de las obras no monográficas sobre lingüística general o histórica podrían ser citadas aquí, pero he reducido al mínimo esas referencias; he hecho una cierta excepción con Trask, R. L.: 1996: *Historical*, que probablemente por la dedicación al eusquera del A. tiene un particular interés para quien se ocupa de prehistoria lingüística o de lenguas fragmentariamente atestiguadas.

² Es significativo el tiempo transcurrido desde la publicación de las dos obras mayores sobre el problema del substrato en la Península Ibérica: Jungemann, F. H.: 1955: *La teoría*; Baldinger, K.: 1972: *La formación*.

³ Sobre el concepto vid. Untermann 1980: *Trümmersprachen*; 1983: "Indogermanische".

adecuada de cualquiera de ellas. Existen sin embargo diferencias notables en este sentido, y la Península Ibérica ofrece ejemplos de casi todas las situaciones que afectan a las lenguas fragmentariamente atestiguadas. En ella encontramos lenguas de las que no existen textos, tan sólo NNP o>NNL atestiguados en un contexto griego o latino,⁴ en particular en la epigrafía latina de los dos primeros siglos de la era, lenguas como el lusitano conocidas por un puñado de inscripciones, lenguas residuales del tipo digamos medio como el celtibérico con un centenar de inscripciones, algunas de ellas de considerable complejidad, y finalmente el ibérico que pertenece al grupo de las lenguas residuales con documentación más rica aunque siempre decididamente insatisfactoria.

Cada uno de estos casos plantea sus propios problemas de método, pero en principio podemos distinguir dos bloques muy diferentes, el de las lenguas de las que existen textos por poco numerosos que éstos sean y el de las lenguas sólo conocidas a través del testimonio de otras lenguas. Es de éstas de las que me ocuparé en las páginas siguientes.

2. En este bloque, en el que la información nos llega sólo de forma indirecta a través de textos en otras lenguas, las limitaciones no meramente cuantitativas son siempre muy graves, aunque pueden variar mucho según los casos. El menos insatisfactorio es quizá aquél en que en textos en lengua conocida se mencionan formas de otra lengua indicando explícitamente su atribución. Así ocurre por ejemplo en textos griegos o latinos en que se mencionan palabras de lenguas con las que los clásicos tuvieron una particular relación, por ejemplo el tracio, el etrusco o el celta, más concretamente el galo. Son las llamadas *glosas*, que a veces pueden ser considerablemente numerosas y que desde muy pronto han sido objeto de recopilación y estudio. Otras veces la situación es más precaria, porque aunque se mencionan glosas no se especifica a qué lengua pertenecen, o la especificación es demasiado vaga. De hecho la consideración lejana de los pueblos de las Hispanias, sin capacidad de percibir las complejidades étnicas y lingüísticas, da lugar ya en fecha muy temprana a la aparición del término “hispanico” como un concepto etnológico impreciso pero cómodo,⁵ tal como se ve en Ennio:

[1] *Hispane non Romane memoretis loqui me* (503 Vahlen³).

De ahí el problema de las glosas recogidas por Hübner en las pp. LXXX a LXXXIII de MLI, y que en su mayor parte están presentadas como

⁴ Abreviaturas utilizadas aparte las bibliográficas: (N)Np = nombre(s) propio(s); (N)NP = nombre(s) de persona; (N)NL = nombre(s) de lugar; (N)ND = nombre(s) de divinidad; IE = indoeuropea/o(s); TS = “bronce de Ascoli” que contiene la lista de jinetes ibéricos de la *turma Salluitana*, un destacamento de caballería auxiliar del ejército romano durante la guerra social: CIL I 709; CIL VI 37045; Criniti, N.: 1970: *L'epigrafe*.

⁵ Un paralelo en el mundo antiguo sería el caso “ilirio”, y por supuesto sobran paralelos modernos, por ejemplo la idea que de la India tiene el europeo medio.

palabras “hispanicas”, sin precisar de cuál de las lenguas hispanicas se trata, por ej.:

[2] *bacca vinum in Hispania* (Varrón, *de ling. Lat.* 7.87),

y sobre todo la larga serie de apelativos relacionados con la minería citados por Plinio (NH 33.67-77) sin especificar a qué lengua pertenecen.⁶ En estos casos nos vemos obligados a deducir de la forma misma de las palabras en cuestión o de indicios secundarios cuál es su correcta ascripción, sin que a veces podamos llegar no ya a una hipótesis razonable sino ni siquiera a una conjetura que merezca la pena citar.

Problemas similares y aún más graves plantean las palabras citadas que no son reconocidas como glosas; por ejemplo en una inscripción latina en verso de León leemos:

[3] *cornua, quos vicit in parami aequore* (CIL 2660).

La palabra *paramus* está utilizada como cualquier otro término latino, pero sin embargo sabemos que carece de etimología latina, que no se encuentra en otras zonas en las que se hablaba latín, que en Hispania tiene una cierta representación en la onomástica no exclusivamente toponímica, y que ha pervivido en el romance.⁷ Todo esto nos lleva a concluir que se trata de un término indígena adoptado en el latín local, lo que a su vez nos permite proponer una etimología razonable (**pr-am-o-*).⁸ En este caso la situación es relativamente sencilla, pero en otros los indicios de que un término pertenece a una lengua diferente de la de su contexto son más problemáticos, y a menudo no se puede llegar a una propuesta etimológica o a un análisis formal aceptables.⁹ Estos problemas no hacen por supuesto sino aumentar en el caso de los posibles términos paleohispánicos recuperables no ya a través del latín sino del léxico romance o vasco actual, cuestión de la que nos ocuparemos más adelante (§ 9).

3. Sin embargo la masa fundamental de las palabras de una lengua perdida que se nos transmite de este modo indirecto corresponde a los nombres

⁶ Los datos de Hübner no son ya fiables; aparte las notas a las ediciones de Plinio vid. Oroz, F.: 1996: “Sobre”; Bertoldi, V.: 1950: *Colonizzazioni*, 224-7 y la bibliografía del autor cit. ibid. 100 n.1; Schulten: 1963: *Geografia* II, 257-66; Domergue, C.: 1970: “Introduction”, 264-8; 1972-1974: “A propos”, 516-8; 1990: *Les mines*, 482-7. Además existen muchas observaciones s. vv. diversas en los diccionarios etimológicos de las lenguas romances. Para la posible identificación de la zona de origen de los términos es importante su significado técnico o no, y en el primer caso la identificación de la zona donde la técnica se ha originado; vid. Sánchez-Palencia, F. J.: 1983: “Explotaciones”, 77-9, y en polémica con Domergue: 1990 cit., en Perea, A. & Sánchez-Palencia, F. J.: 1995: *Arqueología*, 79.

⁷ Corominas: 1972: *Tópica* 2, 264; Corominas, J. & Pascual, J. A.: 1980-1991: *Diccionario* IV: 1981: 390-2, y vid. p. ej. García Alonso: 2000: “On the Celticity”, 30.

⁸ IEW II, 813, y para el sufijo de Bernardo P.: 1999: *Nominale*, 427-8 con referencias anteriores.

⁹ Intentos en este sentido por ej. en Bertoldi, V.: 1950: *Colonizzazioni*, 213-24, 227-30.

propios (NNp).¹⁰ Los textos latinos y griegos están llenos de nombres de persona (NNP) y nombres de lugar (NNL) que pertenecen a lenguas de las que no se han conservado textos o sólo se han conservado un puñado de inscripciones;¹¹ piénsese por ejemplo en los nombres de nobles galos en la obra de César o en los topónimos de las más variadas regiones en la obra de Tolomeo. Cuantitativamente esta documentación es muy importante en general, y en particular en el caso de la Península Ibérica, donde ha jugado un papel crucial en el desciframiento de las escrituras, en la interpretación de las inscripciones y en el conocimiento de la situación lingüística en zonas en las que no hay epigrafía indígena.

El estudio de los NNp plantea sin embargo problemas particularmente difíciles que no sólo afectan a su análisis microlingüístico, es decir su fonética, gramática, semántica y etimología, sino que en buena medida están condicionados por la posición particular de los NNp en el entramado funcional de la lengua como institución social. Aunque por razones de espacio no me ocuparé aquí de este aspecto sí quiero subrayar la importancia de estas cuestiones que por otro lado ponen de manifiesto con particular claridad cómo el estudio lingüístico puede contribuir al conocimiento general de los pueblos, su cultura, organización social, creencias. Es claro que esa contribución es particularmente significativa en el caso de pueblos de la antigüedad para los que nuestras fuentes, sobre todo cuando salimos del campo de la vida material, son decididamente insuficientes.

4. Limitándonos a las cuestiones lingüísticas en sentido restringido, a lo que desde ese punto de vista los NNp nos pueden enseñar sobre las lenguas paleohispánicas y su prehistoria, y a la metodología para obtener una correcta información sobre ellos a partir de su mención en textos en lengua distinta de aquella a cuyo repertorio pertenecen, tropezamos con difíciles problemas derivados sobre todo de que los NNp habitualmente carecen de un contenido semántico preciso, y por lo tanto sólo podemos estudiar en ellos una de las dos caras que conforman un signo lingüístico, y quizá más aún de que muy frecuentemente, y casi siempre en el caso de los NNL, no conocemos de antemano la lengua dentro de cuyo sistema lingüístico se

¹⁰ La bibliografía general sobre los problemas del estudio onomástico es inmensa; me limito a mencionar *Namenforschung*: 1995-96, con trabajos de numerosos especialistas sobre la mayor parte de las cuestiones que nos afectan; los más directamente relacionados con nuestro tema, aparte alguno que citaré más adelante, son Bastardas, M.^a-R.: 1995: "La recherche"; Untermann: 1995: "Die vorrömischen"; Gorrochategui: 1995: "Basque"; Lochner von Hüttenbach, F.: 1996: "Namen".

¹¹ No me ocupo aquí del estudio de los NNp de lenguas atestiguadas epigráficamente, aunque también plantea sus problemas específicos, sino de los NNp como testimonio de una lengua de la que no existen textos. Para los NNP celtibéricos e ibéricos vid. respectivamente Untermann en Beltrán, F., de Hoz, J. & Untermann, J.: 1996: *El tercer*, 109-80; Untermann: 1996: "La onomástica"; Luján, E. R.: 1996 (1997): "La onomástica"; y Untermann: 1987: "Repertorio"; 1990: MLH III.1, 195-238; Faria, A. M. de: 1990-91: "Antropónimos"; 1994: "Subsidios"; 2000: "Crónica". En general sobre los NNP paleohispánicos Abascal, J. M.: 1994: *Los nombres* (repertorio); Albertos, M^a. L.: 1966: *La onomástica*; 1976: "La antroponimia"; 1983: "Onomastique"; Palomar, M.: 1957: *La onomástica*; 1960: "Antroponimia"; Untermann: 1962: "Personennamen"; 1965: *Elementos*. Sobre otros tipos de Np vid. infra.

explica un nombre propio, y por lo tanto tenemos nosotros mismos que delimitar el *corpus* de nombres que pueden ser atribuidos a una misma lengua, operación nada fácil a menudo y que se presta a construcciones fantásticas si no se toman precauciones muy estrictas.

Recientemente Francisco Villar ha aplicado al estudio de la toponimia una contraposición hecha hace años por Craddock en relación con los estudios sobre el substrato;¹² de un lado estarían los maximalistas, que en el caso del substrato son los que tienden a explicar todos los rasgos innovadores que crean diversidad como originados en el substrato, pero cuya actitud ante la toponimia Villar no nos describe, y de otro los minimalistas, que en toponimia tienden a excluir cualquier explicación a partir de hechos lingüísticos anteriores a la latinización. Como prueba de lo errado de esta actitud minimalista Villar pasa a aportar testimonios históricamente comprobables de la importancia considerable que puede tener la herencia de una lengua substituida que pervive en la lengua substitutoria.¹³

En realidad hay que distinguir dos problemas distintos, el problema teórico de la pervivencia del substrato en sus diversas formas, incluida la toponimia, y el problema práctico de la posibilidad de recuperar y definir hechos de substratos prehistóricos. Respecto a la primera cuestión no creo que existan grandes discrepancias entre lingüistas, al menos entre lingüistas con experiencia directa de la investigación histórica, y de hecho una de las líneas de trabajo más activas en nuestros días se ocupa de los problemas de interferencia lingüística, a los que en última instancia se reducen las cuestiones de substrato ya que en realidad el estudio del substrato es el estudio de interferencias lingüísticas no directamente observables sino deducibles de sus resultados.

Es en la actitud ante las posibilidades prácticas del estudio del substrato y la toponimia prehistóricas donde se podría establecer una distinción entre maximalistas y minimalistas, pero personalmente prefiero establecer la distinción en otros términos. De un lado estamos los lingüistas con una concepción del método histórico restrictiva, que entendemos en un sentido literal las nociones tradicionales de coincidencias reiteradas y sistemáticas como criterio necesario para admitir una relación histórica. Dentro de este grupo podríamos establecer una distinción entre los supuestos minimalistas, que no muestran interés por las posibilidades apoyadas en meros indicios, y prefieren atenerse a los resultados estrictamente demostrables, y quienes nos interesamos también por aquéllas. Frente a todo este grupo, con sus diversas actitudes pero en último extremo coincidente en lo que se refiere a los principios básicos de la disciplina, y que en buena medida representa la tradición de la lingüística histórica como disciplina científica, han existido siempre lingüistas que admiten criterios más laxos, básicamente parecidos formales, como indicadores de relaciones entre lenguas; es una actitud que, previamente a la aparición de la lingüística histórica propiamente dicha, sirvió para justificar supuestas relaciones entre lenguas bien documentadas,

¹² Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 17, citando a J. R. Craddock: 1969: *Latin legacy versus substratum residue*, Berkeley & Los Angeles, 17.

¹³ Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 18-20.

por ejemplo para demostrar que todas las lenguas procedían del hebreo, tal como pretendió Étienne Guichard en 1606 a base de supuestas formas emparentadas como hebreo *dabar*, inglés *word* y latín *verbum*.¹⁴ Tras el desarrollo de la lingüística histórica este proceder ha quedado restringido a propuestas sobre periodos prehistóricos, en particular al margen de las familias lingüísticas bien definidas como la IE, la afro-asiática o la polinésica; estas especulaciones han afectado también a la Península Ibérica sobre todo por la vía de las supuestas relaciones del vasco con diversas lenguas aisladas.¹⁵ Obviamente, el substrato, la toponimia, y últimamente las relaciones remotas, es decir el intento de establecer conexiones entre lenguas que se habrían separado hace decenas de miles de años, constituyen el ámbito de acción favorito de estas hipótesis basadas en meros parecidos formales, no reducibles a sistema.

De hecho sin embargo los parecidos formales no significan gran cosa dado el número reducido de fonemas de cualquier lengua.¹⁶ No lo representan ni siquiera cuando al parecido fonético se añade un parecido semántico, dado el desajuste entre la multitud de significados que una lengua posee y sus contados recursos fonéticos. Además esa riqueza semántica se multiplica en diferencias de matices o se complica a través del tejido de relaciones entre lexemas; todo esto hace que exista un cierto parecido semántico entre una palabra de una lengua y un considerable número de palabras de cualquier otra incluso si se es relativamente moderado en la valoración de las semejanzas, y a la hora de detectar un posible parecido fonético los candidatos semánticos son por lo tanto tan numerosos que las posibilidades de que alguno de ellos “encaje” no resulta sorprendente. En estas condiciones ni siquiera lo es el que esos parecidos a veces puedan resultar llamativamente exactos, e incluso corresponder a elementos morfológicos.¹⁷ Estas consideraciones intuitivas, basadas simplemente en la experiencia del lenguaje, han recibido una justificación matemática por obra de D. Ringe que se ha basado en los criterios comúnmente aceptados en la teoría de la probabilidad,¹⁸ y ha comprobado que no sólo es esperable un considerable número de coincidencias casuales entre dos lenguas sino incluso en un grupo aleatorio de varias lenguas. Si esto es así cuando se toma en consideración el componente semántico, es obvio que en la comparación de NNp de distintas

¹⁴ Crowley, T.: 1997³: *An Introduction*, 227.

¹⁵ La cuestión está excelentemente tratada por Trask, R. L.: 1997: *The History*, 358-429, de donde cito como caracterización general del problema: “This vast body of work ranges from the sober and well informed through the increasingly fanciful and incompetent to the downright preposterous, with a rather strong bias towards the preposterous end of the scale” (p. 358).

¹⁶ Esta opinión no es compartida por todos los lingüistas, pero sí por una mayoría tanto, según creo, de los que no se han pronunciado explícitamente, como de los que sí lo han hecho; vid. e. g. Trask: 1997: *The History*, 358-9; Sims-Williams, P.: 2000: “Degrees”, 6.

¹⁷ Existe por ejemplo en Asia Menor una serie toponímica de origen discutido pero cuyo formante característico, *-nda*, es idéntico al avatar anatolio del sufijo IE **-nt-o-*: vid. e. g. Katičić, R.: 1976: *Ancient 1*, 40-55; Quattordio Moreschini, A.: 1984: *La formazioni*, 11ss.; en África por otra parte encontramos topónimos como *Uganda, Wagunda, Ruanda, Burundi, Kirundu* (observación de Brandestein cit. por Katičić R.: 1976: *Ancient 1*, 31).

¹⁸ Ringe, D. A.: 1992: “On calculating”, resumido, con otras referencias, en Trask, R. L.: 1996: *Historical*, 366-8.

procedencias de cuyo significado no sabemos nada, o a lo sumo lo conocemos en una de las áreas comparadas pero no en la otra u otras, las meras semejanzas formales carecen por sí mismas, cuando no tienen apoyos muy precisos de otro tipo, del más mínimo carácter probatorio. Recientemente F. Villar ha recordado, como ejemplo de etimología disparatada, la interpretación de Celtiberia como eusquera *zaltiberia*, “rivera en la que abundan los caballos”, debida a Astarloa;¹⁹ en realidad si no tuviesemos informaciones sólidas, lingüísticas e históricas, sobre el nombre *Celtiberia*, informaciones que faltan en el caso de una mayoría de los topónimos antiguos de Hispania, esa etimología, mucho menos disparatada de lo habitual en Astarloa,²⁰ no desentonaría en el conjunto del trabajo toponímico “académicamente respetable” en el que se toma en consideración la posibilidad fonética de las relaciones entre dos formas unida a un resultado semántico razonable. Las mismas consideraciones generales, válidas para la comparación entre palabras de distintas procedencias, son obviamente pertinentes en la comparación de dos o más grupos de topónimos aunque sus respectivas coherencias internas puedan estar fuera de duda.

5. El primer problema del estudio de los topónimos no atribuibles a una lengua de léxico y gramática bien conocidos, es decir, con la excepción de un mínimo puñado de topónimos griegos o púnicos, de la casi totalidad de la toponimia antigua de la Península Ibérica, en particular la no céltica, anterior a las fundaciones romanas de nombre latino, es definir las condiciones que justifican el que merezca la pena emprender ese estudio. El problema es en parte similar, aunque se presente en una forma menos radical, en el caso de otros NNp como los NND o los NNP.

Es obvio que hay toda una serie de nombres aislados, originados en fechas y circunstancias que nos son totalmente desconocidas, para los que cualquier intento de interpretación no pasaría de mero divertimento intelectual, sin ningún interés objetivo.

Hay casos sin embargo en que podemos construir con varios NNp un sistema, o lo que es lo mismo delimitar el *corpus* de nombres que pueden ser atribuidos a una misma lengua, y por lo tanto pueden ser analizados comparativamente a partir de la recurrencia de elementos que hace posible una cierta segmentación e identificación de componentes. Sin embargo esta operación, como ya he dicho, se presta a construcciones fantásticas si no se toman precauciones muy estrictas. El parecido formal entre dos NNp no es desde luego criterio suficiente, por lo que los casos aislados, por ej. la terminación del topónimo *Tartessos*, aislada en occidente pero que coincide con una abundante serie toponímica del Mediterráneo oriental,²¹ o el *Cilbus* de la costa andaluza si hemos de creer a Avieno, idéntico al *Kilbos* de Lidia,²² o el

¹⁹ Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 25, 60 y 75; 2001: “Indoeuropeos”, 261.

²⁰ La etimología de *Celtiberia* en de Astarloa, P. P.: 1803: *Apología*, 199-200, donde se pone en conexión con el topónimo antiguo *Saldua* y con eusquera *Zaldibar*. El nivel normal en Astarloa puede verse sin pasar de la misma p. 200, en la que se inicia una discusión para demostrar que *Lusitania* es eusquera, empezando por atribuir todas las formas en *-tania* a un cruce vasco-latino.

²¹ Katičić, R.: 1976: *Ancient* 1, 43-55.

²² Schulten: 1963: *Geografía* II, 46-7; Hubschmid: 1960: “Toponimia”, 474.

río *Ausoba* de Irlanda, que podría atribuirse a la hidronimia antiguo europea (vid. infra) de base **ausa-*,²³ o ser relacionado con los NNL de Hispania de base similar o con formación en *-oba*,²⁴ no deben ser tenidos en cuenta, ya que aunque exista algún tipo de conexión histórica entre la forma aislada y sus homófonas o casi homófonas no habrá modo ni de demostrarlo ni de aclararlo con una explicación que haga avanzar nuestros conocimientos; a lo sumo, como veremos infra en el caso de *Tartessos*, se puede plantear una hipótesis si es a la vez una explicación razonable de su forma y de su carácter aislado.

Lo esencial es construir series cuya realidad podamos fundamentar; si por ejemplo se hubiese perdido toda información sobre las lenguas célticas antiguas y modernas pero conservásemos los mismos topónimos antiguos que han llegado hasta nosotros, estaríamos en condiciones de establecer series de NNL formados con un segundo elemento *-briga*, o *-dunum*, o *-durum*, o *-magus*.²⁵ A partir de esas series podríamos definir un territorio muy amplio de lo que probablemente crearíamos una lengua, aunque en realidad sería una familia lingüística, establecer un inventario de primeros componentes de esos topónimos que interpretaríamos como lexemas de la lengua en cuestión, aunque en realidad habría varios que pertenecerían a otros grupos lingüísticos, y analizar su comportamiento morfológico desentrañando correctamente ciertos rasgos de la gramática de la lengua. Se trata de un caso particularmente rico y bien documentado, menos problemático de lo que en realidad solemos encontrar en la documentación, pero aún así caeríamos fácilmente en numerosos errores, aparte de los ya mencionados, si no extremásemos las precauciones. Si atribuyésemos excesiva importancia por ejemplo al simple parecido, o al menos al parecido con apariencia sistemática, es probable que creyésemos que los elementos *-dunum* y *-durum* no sólo pertenecen al mismo horizonte lingüístico, como de hecho así es, sino que son variantes de una única forma, lo cual es totalmente falso, y podríamos fácilmente identificar la serie coherente en *-briga* con la igualmente coherente en *-bria*, ambas usadas en la denominación de ciudades y con distribución geográfica exclusiva; en realidad la primera es céltica y la segunda tracia,²⁶ y aparte su común y remoto origen IE no existe la más mínima relación histórica entre ambas.

En el establecimiento de series tendremos que proceder por lo tanto con una actitud bastante restrictiva; en primer lugar necesitaremos un número de formas coincidentes relativamente alto, cuyo parecido se deje definir con precisión y de forma sistemática no sólo en lo que se refiere a las formas en sí, sino en su modo de relacionarse con los otros elementos con los que puedan combinarse; pero además tendremos que dar considerable importancia al problema de la distribución geográfica, que debe ser relativamente concentrada para evitar las coincidencias casuales. Cuanto más largo sea un elemento recurrente más probable será su realidad como

²³ de Bernardo: 2000: "Ptolemy's", 99.

²⁴ Villar: 2000: *Indoeuropeos*, vid. índice s. v. y en particular 143, 147 y 287-9.

²⁵ Vid. e. g. Lambert, P.-Y.: 1994: *La langue*, 37, y Rix, H.: 1954: "Zur Verbreitung".

²⁶ Vid. e. g. Katičić, R.: 1976: *Ancient* 1, 139 y 148.

auténtico elemento lingüístico, mientras que en principio prescindiremos de los monosílabos si no hay argumentos combinatorios de peso para aceptarlos. Finalmente procuraremos reunir toda la información indirecta, y no sólo lingüística sino de tipo histórico o arqueológico, que pueda apoyar la existencia real de la serie reconstruida.

El estudio de las series toponímicas aislables en la Península Ibérica tiene raíces antiguas,²⁷ pero se consolida como un método científico en la obra de Humboldt que a pesar de su posición vasco-iberista advirtió la existencia de series que no podían ser vascas, y en particular el carácter céltico de los nombres en *-briga*, aplicando ya criterios de distribución geográfica. d'Arbois de Jubainville incorporó la serie *-asco*, *-usco* y con ella la utilización de la toponimia moderna sin una base filológica suficiente, que sólo podrá venir de la recopilación sistemática de los testimonios más antiguos, a ser posible medievales. Con Hübner se inician los intentos de establecer correspondencias entre series africanas e hispanas, mientras que Schulten utiliza algunas series con criterios muy libres, lo que le permite apoyar en ellas teorías históricas a las que había llegado por otros caminos. El interés por topónimos difícilmente clasificables pero de aspecto IE se continúa en la obra de Pokorny, Menéndez Pidal y Corominas, y tiene su expresión más sistemática en el libro de Schmoll de 1959.²⁸ Por esas mismas fechas Tovar aplicaba las ideas de Krahe sobre la hidronimia antiguo-europea (*vid. infra*) a la Península Ibérica, algunos de cuyos topónimos ya había utilizado el propio Krahe, y poco después Untermann aportaba nuevos materiales basados en la distribución que tendrían una considerable influencia en los estudios posteriores.²⁹ Durante mucho tiempo el panorama no cambiaría y a lo sumo se añadirían cuestiones de detalle, pero en los últimos años parece que se advierte un cambio. Por mi parte he intentado reanalizar el problema de la distribución de la serie *-briga*,³⁰ mientras que recientemente Villar ha dedicado numerosos trabajos a la hidronimia antiguo-europea y ha publicado en 2000 un libro mayor dedicado a la reinterpretación, a menudo en un marco yo diría que excesivamente ampliado, de algunas de las series tradicionalmente admitidas,³¹ por supuesto el proyecto internacional sobre toponimia céltica antigua dedica amplia atención a la Península Ibérica.³²

En resumen contamos con estudios centrados en topónimos antiguos y con estudios que utilizan también ampliamente la toponimia moderna, y con estudios que basan su interpretación en lenguas históricas, mejor o peor

²⁷ Buena visión histórica de los estudios toponómicos paleohispánicos en Faust: 1976: "Cuestiones". Vid. también Hubschmid: 1960: "Toponimia", 448-53, y para la toponimia meridional Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 57-84.

²⁸ Menéndez Pidal, R.: 1952: *Toponimia*; Corominas: 1965: *Estudis*; 1972: *Tópica*; Schmoll, U.: 1959: *Die Sprachen*. Sobre la obra toponímica de Corominas vid. Villar: 1999: "Joan Coromines", y Untermann: 1999: "Joan Coromines". Bibliografía sobre toponimia hispánica: Ariza, M.: 1982: *Intento*.

²⁹ Untermann: 1961: *Sprachräume*.

³⁰ de Hoz: 1995: "Areas"; 1995: "Tartésio".

³¹ Villar, F.: 1993: "Talabara"; 1993-95: "Un elemento"; 1995: *Estudios*; 1995: "El hidrónimo"; 1996²: *Los indoeuropeos*, 503-14; 1996: "El teónimo"; 2000: *Indoeuropeos*.

³² Vid. Parsons, D. N. & Sims-Williams, P. eds.: 2000: *Ptolemy*.

atestiguadas, y otros que además construyen una lengua a partir de los topónimos que supuestamente la representan.

La utilización de la toponimia moderna carece todavía a mi modo de ver de bases filológicas adecuadas, y a lo sumo puede servir como posible paralelo a datos garantizados a partir de topónimos antiguos, e indicio de que, como es *a priori* esperable, lo que las fuentes antiguas nos transmiten es sólo una pequeña parte de lo que existía. Piénsese por ejemplo en un hidrónimo como *Adra*, cuya pertenencia a la hidronimia antiguo-europea parecería evidente, y por lo tanto su carácter primario frente al nombre de la ciudad homónima que habría recibido nombre del río; pero en este caso tenemos la documentación adecuada y sabemos que el topónimo es la evolución del antiguo *Abdera*, nombre de ciudad que se extendió tal vez secundariamente al río. El número de trampas similares que pueden acecharnos en topónimos sólo conocidos en su forma actual es incalculable, y aunque de nuevo la existencia de series, es decir de raíces o sufijos recurrentes puede parecer un control, no deben olvidarse las tendencias a homogeneizar formas y sobre todo la complicada historia lingüística de la Península que, a través de los procesos de reconquista y repoblamientos, ha podido configurar a partir de algunos topónimos antiguos distribuciones completamente ajenas a la realidad paleohispánica.

6. En cuanto a la creación de lenguas distintas de las históricamente atestiguadas es un problema que de nuevo nos plantea con crudeza la distancia que hay entre lo que sin duda existió y lo que estamos en condiciones de afirmar. Es obvio que en la Península Ibérica como en casi cualquier otra región de la tierra han existido lenguas de las que no han quedado textos pero algunos elementos de las cuales perviven en la toponimia o en el léxico de lenguas conocidas. ¿Es posible en algún caso identificar con un mínimo de precisión a partir de esos elementos una de esas lenguas desaparecidas? Existen por supuesto casos que tienen una cierta tradición en diversas áreas del mundo antiguo, y en los que normalmente se da una polémica entre quienes aceptan la hipotética lengua y quienes la rechazan o al menos consideran que no pasa de ser una posibilidad tan insegura que carece de valor intelectual. De hecho son muy raros los casos generalmente admitidos o que han logrado una amplia adhesión, como por ejemplo la lengua pregriega de los topónimos en *-nthos* y *-ssos*.³³

En la Península Ibérica se han propuesto algunas de estas lenguas hipotéticas, y dos de ellas al menos tienen una representación importante en la bibliografía que obliga a tomarlas en consideración, el “antiguo europeo” y la supuesta lengua a la que corresponderían un cierto número de NNL y NNP de Andalucía, en particular central y occidental. Las bases de ambas construcciones son muy distintas y plantean distintos problemas de método, aunque finalmente coinciden en aspectos esenciales. A ambas he dedicado algún trabajo desde una perspectiva más optimista que la que aquí voy a

³³ Vid. e. g. Katičić, R.: 1976: *Ancient* 1, 40-55.

asumir, pero en todo caso reafirmaré su interés y el valor que conservan con un enfoque más matizado.

El “antiguo europeo” sería una lengua IE anterior, quizá muy anterior, a la entrada de hablantes de dialectos célticos en la Península. El punto de partida de la teoría está en una serie de estudios que sobre la base de los nombres de río Hans Krahe desarrolló a partir de 1949 hasta su muerte en 1965 y en los que se definía una lengua IE, el “antiguo europeo”, extendida por Europa Central y Occidental en fecha anterior a las lenguas históricas occidentales, germánico, céltico, etc.³⁴ El testimonio fundamental de esa lengua lo constituía un sistema de formación de nombres de ríos que consiste en una serie de raíces o bases típicas, y en un conjunto de sufijos característicos que a veces se combinan entre sí.³⁵ Las mismas características se encuentran en un limitado número de topónimos no hidronímicos.³⁶

La teoría de Krahe ha sido muy discutida y muy criticada. No es éste el lugar para entrar en los puntos debatibles;³⁷ me limitaré a señalar que a mi modo de ver no cabe duda de la personalidad independiente de los nombres reunidos por Krahe, es decir de su pertenencia a un complejo o complejos lingüísticos específicos, distintos del IE común. Insisto en esto porque una de las críticas que se han hecho a la teoría de Krahe se basa precisamente en la identificación de todos estos nombres con testimonios del IE común, no diferenciado.³⁸ Esta interpretación plantea problemas cronológicos insolubles, y obliga a postular una secuencia de hechos en la fragmentación dialectal del IE que está en abierta contradicción tanto con los datos arqueológicos como con los lingüísticos.

De lo que casi nadie duda es de la anterioridad de estos nombres en Europa Occidental a los primeros testimonios de las lenguas célticas y germánicas,³⁹ y de ahí precisamente se deriva la importancia extraordinaria que tiene una correcta apreciación de su significado. Las dificultades de esa apreciación son evidentes sin embargo, y proceden sobre todo de que el “antiguo europeo” de Krahe no es una lengua atestiguada como tal sino el

³⁴ Krahe, H.: 1949/50-54 : “Alteropäische”; 1954: *Sprache*, 48-71; 1957: “Indogermanisch; 1962: *Die Struktur*; 1964: *Unsere*; 1965: “Vom Illirischen”.

³⁵ Presentaciones generales posteriores a Krahe: Scherer, A.: 1963: “Der Ursprung”; Lazzeroni, R.: 1964: “Considerazioni”, 14-42; Schmid, W. P.: 1968: *Alteuropäisch*; 1981: “Die alteuropäische”; 1987: “Indo-European”; 1995: “Alteuropäische”; Udolph, J.: 1990: *Die Stellung*; además de Tovar: 1977: *Krahes*, y los trabajos de Villar cit. supra.

³⁶ Scherer: 1965: “Indogermanische”, 13

³⁷ Entre los continuadores de Krahe que se limitan a señalar la pertenencia de determinados topónimos al horizonte antiguo europeo, aceptando su anterioridad a otras lenguas indoeuropeas mejor atestiguadas, pero sin postular una explicación histórica, se pueden citar sin embargo muchos autores; sirvan como ejemplo Nicolaisen, W. F. H.: 1957: “Die alteuropäischen”; 1976: *Scottish*, 183-91, y en una obra reciente García Alonso: 2000: “On the Celticity”, 30-1 y 42; Luján: 2000: “Ptolemy's”, 67; Anreiter et alii: 2000: “The Names”, 114-5 y 146; Parsons: 2000: “Classifying”, 175. En esa misma obra P. de Bernardo: 2000: “Ptolemy's”, 98-100, ha identificado ese horizonte en Irlanda, donde hasta ahora no se había hecho.

³⁸ Esta es la idea que defiende W. P. Schmid en numerosas publicaciones, p. e.: 1968: *Alteuropäisch*; 1981: “Die alteuropäische”; 1987: “Indo-European”; 1995: “Alteuropäische”.

³⁹ Aunque tal vez la postura de Untermann: 1999: “«Alteuropäisch»”, implique que son las lenguas históricas las que han extendido esa hidronimia, aunque a la vez parece aceptar la posición de Schmid citada.

tipo de construcción de que en este momento nos estamos ocupando, un *corpus* que nosotros mismos construimos sobre la base de una hipótesis, y reuniendo elementos que en la realidad se nos dan aislados. Somos nosotros los que los unimos y no su pertenencia a un *corpus* previamente existente.

En este sentido es evidente que desde los ligures de d'Arbois, pasando por los ilirios de Pokorny,⁴⁰ hasta el “antiguo europeo” de Krahe, la investigación moderna ha intentado dar unidad a unos materiales lingüísticos muy ricos pero que se presentaban sin contexto, dispersos y no podían ser utilizados si no se les sometía previamente a una sistematización. El problema estriba en lograr que esa sistematización no sea una fábrica artificial construida por el lingüista moderno con piezas de muy distintas procedencias.

En este sentido el sistema de Krahe, aunque no está libre de problemas, tiene a su favor algunas indiscutibles ventajas. En primer lugar sus elementos tienen en común un color fonético unitario, visible sobre todo en el predominio del timbre vocálico *-a-*, en segundo lugar la distribución geográfica tanto de los radicales como de la alternancia de sufijos que caracteriza al sistema es muy clara, y desde luego específicamente europea, por último existen asociaciones muy significativas entre piezas diversas del sistema y unidades geográficas concretas, por ejemplo en Francia un afluente del Aube, antiguo Albha, afluente a su vez del Sena que corre paralelo al curso alto de éste, se llama Amance, antiguo Amantia, y en Alemania dos afluentes del Lahn, que desemboca en el Rhin por la derecha al sur de Coblenza, se denominan Elbe, es decir Albina, y Ohm, es decir Amana. En ambos casos encontramos dos de las raíces aisladas por Krahe, **albh-* y **am-*, combinadas con sufijos también recurrentes en otros lugares en relación con esas raíces, **-nt-*, **-m-* y **-n-*. En contrapartida tanto las raíces como los sufijos característicos son monosílabos, lo que da pie a fáciles coincidencias sin implicaciones genéticas, y el sistema, tanto en su distribución geográfica como en su comportamiento morfológico no deja de plantear problemas. La distribución geográfica parece presentar lagunas significativas, aunque es cierto que no conozco ningún estudio verdaderamente sistemático desde ese punto de vista. La morfología presenta incoherencias, por ejemplo *-ina* frente a *-ana* en los casos citados de Elbe y Ohm, y no es fácil explicarlas todas como resultado de la mayor adaptabilidad de los sufijos, frente a las raíces, a lenguas posteriores que han actuado de intermediarias;⁴¹ además las aparentes cadenas de sufijos, tipo *-ar-no-*, *-m-ar-*, *-m-ant-ya-*,⁴² son frecuentes y no encajan en un comportamiento IE normal. De hecho la variedad de posibilidades sufijales ha sido considerada con razón un indicio de la pertenencia de esta hidronimia a más de una lengua.⁴³

Pero aún admitiendo que la construcción elaborada por Krahe haya existido realmente y no sea un mero producto de nuestro afán sistematizador, no por ello queda adecuadamente explicada. Personalmente creo que lo más

⁴⁰ Vid. p. e. Pokorny, J.: 1938: *Zur Urgeschichte*, y crítica con bibliografía en Katičić, R.: 1976: *Ancient* 1, 176-7.

⁴¹ Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 99, pero vid. mejor su p. 103.

⁴² Vid. e. g. Krahe: 1954: *Sprache*, 58.

⁴³ Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 101-3.

que podemos hacer es postular una hipótesis hermenéutica, y que la hipótesis será más válida no sólo cuanto mejor explique los hechos, ya que estos son tan remotos y poco sistemáticos como para admitir muy diversas interpretaciones, sino cuanto mejor responda a nuestra experiencia de la historia lingüística en ámbitos culturales como el que constituía Europa antes de la aparición de los celtas como grupo en expansión, posiblemente a comienzos del Hallstatt.

Sin intentar precisar excesivamente, creo que la forma extrema que Krahe dio a su teoría en ocasiones, cuando no se cuidó de matizar sus ideas, es tan inadmisibles como la identificación de “antiguo europeo” e IE común que ya he criticado. Según Krahe el “antiguo europeo” fue una lengua unitaria, descendiente del IE común y antecesora de las lenguas IEs occidentales, celta, germano, etc. En ocasiones el propio autor matizó el concepto de unidad, señalando que debieron existir diferencias dialectales dentro del dominio “antiguo europeo”. En mi opinión hay que insistir todavía más en estas diferencias, y hay que rechazar decididamente la idea de que las diversas lenguas IEs occidentales provengan de un grupo lingüístico común que se interponga entre ellas y la primitiva unidad IE. De hecho los rasgos comunes a todas estas lenguas son esencialmente, por no decir exclusivamente, léxicos, y por lo tanto muy poco probatorios para el establecimiento de relaciones genéticas. Por el contrario el propio Krahe, cuando considera la diversidad dialectal dentro del dominio antiguo europeo, se ve obligado a señalar netas divergencias morfológicas, como los distintos sufijos utilizados en la formación del dativo-instrumental de plural. En realidad para admitir una relación directa entre las lenguas históricas y el antiguo-europeo habría que construir una hipótesis de extremada complicación y totalmente inverosímil por antieconómica.

El problema es básicamente fonético; algunos defensores del carácter IE indiferenciado de la hidronimia antiguo-europea consideran que se trata de un subsistema propio de la denominación de ríos,⁴⁴ lo que podría explicar la pervivencia de sufijos de formación e incluso elementos léxicos que hubiesen sido abandonados por los hablantes en otros usos. Esta teoría es de por sí un tanto arbitraria; a la hora de dar nombre a un río u otro accidente geográfico los hablantes pueden actuar de dos formas, utilizar el léxico de su lengua sin más cortapisas que las semánticas, por ejemplo “Río negro”, o utilizar un topónimo que, aunque incomprensible para ellos, formaba parte de la toponimia conocida en su lugar de origen, tipo “Guadalajara” en Méjico; la idea de un subsistema especial para topónimos es puramente teórica. Pero aun suponiendo que existiese, lo que ese subsistema no ha podido hacer es por supuesto substraerse a la acción de las leyes fonéticas propias de las distintas lenguas IE. Por lo tanto si un hidrónimo presenta rasgos que en una lengua han sido substituidos por innovaciones no puede haber sido introducido por hablantes de esa lengua. Lamentablemente los hidrónimos presentan escaso cuerpo fónico y por lo tanto pocos rasgos discriminadores, pero aun así hay indicios; entre las raíces más comunes

⁴⁴ También Untermann: 1999: “«Alteuropäisch»”, aunque no parece identificar el antiguo europeo con el IE sin más.

identificadas por Krahe como antiguo-europeas está por ejemplo **pal-*⁴⁵ que no ha podido ser llevada por celtas en esa forma, y en general el color fonético dominante en la hidronimia antiguo europea con su sobreabundancia de /a/ no se compagina con ninguna de las subfamilias lingüísticas IEs occidentales, como tampoco lo hace el repertorio de raíces que caracteriza a esa hidronimia.

Pero por otro lado, por razones de distribución, de cronología, de verosimilitud histórica, a las que la limitada y por lo tanto imprecisa definición lingüística del “antiguo europeo” no ofrece un contrapeso adecuado, creo que no se puede admitir la existencia de una lengua unitaria a la que podamos denominar con ese nombre; en su lugar debemos pensar en un amplio espacio lingüístico en que diversos grupos de hablantes de lenguas IEs se han extendido a lo largo del tiempo estableciendo contactos mutuos facilitados por la común herencia lingüística de que todos ellos eran portadores; de esa herencia lingüística formaba parte no un antiguo subsistema para la formación de hidrónimos, como se ha dicho y yo mismo intenté justificar en tiempos,⁴⁶ sino un repertorio de lexemas que por razones semánticas eran apropiados para dar nombre a ríos y que constituiría el núcleo original del fenómeno observado por Krahe, y en ese ámbito se han extendido nombres y formaciones en parte heredados del IE común, en parte creados sobre bases IEs, en parte tomados en préstamo de lenguas de las que no sabemos nada pero que, como el vasco, tuvieron que existir en Europa a la llegada de los IEs. Posiblemente en esas lenguas existían hidrónimos formados sobre bases en vocalismo *-a-* que fueron adoptados e indoeuropeizados en su estructura,⁴⁷ y a su vez contribuyeron a extender ese vocalismo, que en las lenguas IEs era una doble posibilidad, resultado de una tendencia a confundir *o* y *a* que sólo se consolidó, andando el tiempo, en germánico, pero que ha dejado huellas en la onomástica europea antigua en ámbitos lingüísticos diversos, o resultado de la definición del timbre de diversas vocales de apoyo y de la vocalización de diversas sonantes. Así surgiría una red de nombres de río que en realidad procederían de lenguas muy diversas, pero que presentan un aire de familia que los distingue de otros nombres tan antiguos posiblemente como ellos pero que no se dejan integrar en un aparente sistema. Esa falsa óptica, esa aparente unidad del pretendido “antiguo europeo”, se agudiza más aún porque la primera lengua al Norte de los Alpes de cuya fonética y formación nominal podemos hacernos una idea suficiente, el céltico, es precisamente una de las lenguas, entre las muchas que debieron existir, que no participa de las características más llamativas del pretendido “antiguo europeo”, en especial el predominio del timbre *-a-*. El “antiguo europeo” será así un conjunto de lenguas IEs diversas, habladas en la Europa prehistórica, que desarrollaron algunas características comunes, pero no extendidas a la totalidad de los grupos IEs coetáneos, que por

⁴⁵ Sobre la posibilidad de más de una raíz homófona, en parte no IE vid. Lazzeroni, R.: 1964: “Considerazioni”, 34-7.

⁴⁶ de Hoz: 1965: “La hidronimia”, artículo que hoy considero completamente equivocado.

⁴⁷ El problema de las conexiones entre la hidronimia antiguo-europea y elementos no IE va más lejos aún; vid. por ej. Lazzeroni, R.: 1964: “Considerazioni”, 39-42, y Tovar: 1977: *Krahes*, 16-21.

haberse conservado fosilizadas en la hidronimia y por su carácter innovador, que las destacan frente a otros rasgos lingüísticos igualmente antiguos, producen la impresión de un auténtico sistema, y por lo tanto de una lengua unitaria.

Anclar en el tiempo y en una cultura material el conglomerado lingüístico del que ha quedado como resto la hidronimia antiguo-europea es una empresa casi carente de sentido, a no ser que se crea conocer con precisión el proceso étnico que ha introducido las lenguas IEs en Europa central y occidental, pero ni la onda expansiva del neolítico, sin duda no relacionada con la indoeuropeización, ni las hipotéticas sucesivas oleadas de kurganes pueden proporcionarnos el modelo histórico que nos falta.⁴⁸ Como mucho podemos insistir en que la hidronimia antiguo-europea es anterior a la configuración específica del grupo céltico en Europa central, y que ha alcanzado zonas periféricas con anterioridad a los celtas, aunque no debemos olvidar la posibilidad, o mejor aún probabilidad, de que algunos de esos hidrónimos hayan sido transportados ya formados por hablantes de otras lenguas, incluidos los propios celtas, al lugar donde hoy día subsisten, de la misma forma que el español ha transportado arabismos a Sudamérica.

Aceptadas estas limitaciones, la hidronimia antiguo-europea no deja de tener interés para la reconstrucción de la historia lingüística de la Península Ibérica. Como ya dije ha sido sobre todo Tovar y luego Villar quienes han procurado aplicar a Hispania las conclusiones de Krahe. Por mi parte en un trabajo antiguo, y necesitado de revisión, procuré reunir la colección más completa de hidrónimos “antiguo-europeos” hispánicos que me fue posible.⁴⁹ En los diversos mapas elaborados por estos autores, por más que probablemente todos ellos contengan algunos elementos no pertenecientes al *corpus* antiguo europeo se comprueba que la difusión de estos topónimos en Hispania es muy amplia, ya que ocupan todo el territorio que habitualmente se considera IE, y además Cataluña, Aragón y Navarra, con algunas extensiones más débiles en las costas valencianas y en Andalucía.

Esta distribución es ya de por sí un indicio en contra de la unidad del “antiguo europeo”, ya que ningún grupo humano procedente de más allá de los Pirineos se ha extendido de forma similar por la Península. Más bien hay que suponer que distintos grupos IEs han aportado esos hidrónimos a distintas zonas geográficas, y que, a juzgar por la densidad de los nombres

⁴⁸ Hacer remontar al quinto milenio a.C. una primera indoeuropeización de Europa occidental, siguiendo los pasos de Gimbutas, me resulta una idea difícil de conceptualizar. Lo que permite hablar de IE común en la zona póntica digamos h. el 3.000 a.C. es la presencia de lenguas concretas en su periferia a partir de c. 2.000. Evidentemente c. 4.500 existía algo a lo que podríamos llamar protoIE, por supuesto en un sentido muy distinto que el de la homógrafa expresión anglosajona que equivale a nuestro IE común, pero ese protoIE podría tener unos rasgos tan diferentes de lo que entendemos por IE que no creo válido el proyectar en él rasgos reconocibles como IE en el sentido normal; por ello no comparto la idea de F. Villar según la cual los portadores de la hidronimia antiguo-europea podrían ser indoeuropeos de una fase remota anterior en más de mil años a la entrada en Europa de los portadores de protoitálico, protocelta y protogermánico (vid. Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 91-106, y de forma más o menos explícita sus numerosos trabajos sobre la hidronimia antiguo-europea citados supra).

⁴⁹ de Hoz, J.: 1963: “Hidronimia”.

en cuestión, uno de ellos se ha establecido con mayor arraigo en el NO de la Península.

Nos interesa de una manera especial el grupo de nombres del NE, extendido al N del Ebro por Cataluña y Aragón precisamente en el territorio al que corresponde la cultura catalana de los campos de urnas. El comienzo de la indoeuropeización de la Península Ibérica se suele identificar con las primeras penetraciones de campos de urnas en territorio catalán, pero no hay ningún motivo para establecer vínculos históricos entre los campos de urnas catalanes y cualesquiera de los grupos humanos peninsulares a los que las fuentes posteriores, o sus propios testimonios lingüísticos cuando existen, permiten considerar célticos. Más aún, aunque es bastante posible que los portadores de los campos de urnas catalanes fuesen IEs, tampoco podemos relacionarlos, al menos en el estado actual de la investigación, con los pueblos IEs no célticos de la Península de los que tenemos noticia en fecha posterior, como los lusitanos y posiblemente la mayor parte de los grupos del NO, a pesar de la densidad de la hidronimia antiguo-europea en algunas de esas zonas. Hay aquí un problema todavía por resolver.

En el caso del NE resulta sin embargo una posibilidad tentadora el atribuir a los portadores de los campos de urnas catalanes la introducción de la hidronimia antiguo-europea, porque difícilmente puede pensarse en otros candidatos, pero por otra parte esa explicación no vale en otras zonas de la Península donde está igualmente atestiguada, o incluso con mayor densidad, la hidronimia antiguo-europea, y por otra parte la cronología de los campos de urnas, dado que la opacidad histórica del horizonte antiguo-europeo parece indicar que es bastante más antiguo que el céltico, me parece en principio excesivamente baja para situar en ella la hidronimia en cuestión a no ser que pensemos que en algunas zonas de Europa pervivían lenguas con rasgos antiguo-europeos cuyos hablantes han podido llegar a adoptar el bagaje cultural de los campos de urnas al igual que lo hicieron por lo menos algunos de los celtas más antiguos. Por el momento creo que debemos suspender el juicio en lo que se refiere al contexto histórico del horizonte antiguo europeo en la Península, pero negando que represente una lengua única que ha cruzado los Pirineos en un momento histórico definido y dentro de un proceso común por mucho que pudiese desplegarse en distintos y sucesivos movimientos.

7. La construcción de la lengua “antiguo europea” se nos revela finalmente, a mi modo de ver, como un espejismo, pero es con todo un ejemplo de una forma de proceder en estas construcciones; en este caso, aunque la distribución de los topónimos y su análisis interno juegan sin duda un papel, es ante todo la comparación con estructuras lingüísticas conocidas de antemano lo que ha permitido desarrollar la teoría. En otros casos esas estructuras no existen y es exclusivamente la distribución y el análisis interno lo que sirve de base a la construcción. Así ocurre en el caso de la supuesta lengua turdetana.

Un repertorio onomástico relativamente adecuado no lo encontramos en el Sur de la Península hasta plena época romana imperial, cuando podemos disponer de la totalidad de las fuentes clásicas conservadas que hacen

referencias a la zona, de las inscripciones latinas, y de un considerable número de leyendas monetales. Estas últimas y, entre las fuentes, en particular Estrabón, Plinio, Mela y Tolomeo, son importantes para la toponimia, mientras que nuestro conocimiento de la onomástica personal de la zona depende sobre todo de la epigrafía.⁵⁰

Hay una serie de NNP no latinos atestiguados en inscripciones, latinas en su mayoría, aunque algunos de ellos proceden de inscripciones ibéricas de baja época. De entre ellos algunos son claramente IEs, y alcanzan el Sur de Portugal en un número de ejemplos significativo, correspondiendo en casos a series bien representadas, por lo que proporcionan un testimonio mucho más interesante que el de los nombres aislados que pueden corresponder a la peripecia más o menos individual de un emigrante o de un viajero ocasional.⁵¹ En la Meseta Sur y Andalucía hay algunos nombres claramente ibéricos,⁵² y por último se observa la presencia de una serie de nombres casi exclusivamente andaluces:⁵³

Antullus, Atinius, Attenius, Broccus y los formados sobre *Sis-*.⁵⁴

De nuevo es esencial la existencia de auténticas series, a cada una de las cuales pertenecen varios nombres que sin ser necesariamente idénticos se dejan reconocer con mucha probabilidad como variantes o derivados de una única forma, así por ejemplo en el caso de *Atinius/Attenius* tenemos también *Atennius, Atennius* y *Attinius*. Sin embargo este tercer grupo de series onomásticas, a diferencia de lo que ocurre con los otros dos, plantea un problema de definición; en los otros dos casos cada nombre llevaba en sí mismo características que permitían adscribirle sin dudas al grupo correspondiente, mientras que en el último grupo con nuestros conocimientos actuales lo único que podemos decir de las series que lo forman es que no son IEs ni ibéricas, y que su área de dispersión geográfica es aproximadamente igual. Por ello tiene especial interés la delimitación de algún rasgo interno que se repita en las diversas series, pero lo único que se puede mencionar desde ese punto de vista, aunque significativo, no es un indicio indiscutible de que todos los nombres en cuestión pertenezcan a una única lengua; me refiero a la aparente disparidad que existía entre sus consonantes y las consonantes latinas, y que ha dado lugar a transcripciones vacilantes pero con tendencia a “marcar” de modo peculiar el fonema indígena, bien mediante geminación como en diversas variantes de *Atinius*, bien por medio de la <h> como en *Broccus* frente a *Broccus*. Algunos de

⁵⁰ Mi punto de partida para § 7 es de Hoz: 1989: “El desarrollo”. Vid. además en general Untermann: 1961: *Sprachräume*; 1985: “Lenguas”. Sobre la obra de Villar vid. infra.

⁵¹ Sobre NNP indoeuropeos en Andalucía véase Tovar: 1962: “Celtas”; Albertos: 1983: “Onomastique”, 872-4 y 881.

⁵² Tovar: 1956: “Extensión”; de Hoz: 1989: “El desarrollo”, 552 y mapas de las pp. 569-70.

⁵³ de Hoz: 1989: “El desarrollo”, 551-3, 561-4 y mapa de p. 570; Untermann: 1965: *Elementos*, mapas 9, 12, 20 y 70; 1985: “Lenguas”, 4 y 7; Albertos: 1973: “Lenguas”, 124; 1983: “Onomastique”, 880-1.

⁵⁴ De no indicarse otra cosa, las referencias de los NNP citados se podrán encontrar s. vv. en Albertos: 1966: *Onomástica*, Untermann: 1965: *Elementos*, y Abascal: 1994: *Los nombres*.

estos NNP son significativos por su rango social, así los NNP de varios miembros de una misma familia, romanizada con el nombre de *Pompeia* pero que tuvo a gala utilizar *cognomina* indígenas, que fueron enterrados en un sepulcro colectivo en el Cortijo de las Vírgenes, próximo a Baena;⁵⁵ igualmente lo es que en algunos NNP que conocemos a través de Livio, como *Chalbus*, *Attene*, *Culcha* —citado éste también por Polibio como *Kolikhas*—⁵⁶ reaparezca la geminación o la aspiración,⁵⁷ y que lo mismo ocurre en el único NP de apariencia claramente ibérica atestiguado en Andalucía occidental —*Urchail*—, en contraste con sus testimonios levantinos en escritura latina.

También entre los topónimos encontramos series sistemáticas, aunque no entre los que tienen posibilidades de corresponder a fechas más remotas, orónimos y sobre todo hidrónimos, sino entre los de asentamientos humanos. Una vez más encontramos nombres IEs, en concreto los formados con un segundo elemento *-briga*, que penetran claramente en Extremadura y el Sur de Portugal.⁵⁸ Las otras dos series antropónicas tienen también su correspondencia en la toponimia pero con ciertas dificultades peculiares.

Quizá la serie más llamativa es la de los topónimos que contienen los formantes *ipp(o)* u *oba*, cuya área de dispersión se superpone a la de los antropónimos andaluces.⁵⁹ Coincidiendo en parte con estos topónimos pero con una menor concentración en el Bajo Guadalquivir, y extendiéndose por el contrario más al Este y el Noroeste, existe otra serie o series que se caracteriza por los formantes en *-igi*, *-urgi* y *-ugi*.⁶⁰ Dejo de lado otras series posibles porque plantean dificultades propias y no trato aquí de ser exhaustivo sino de ejemplificar problemas generales. Por último hay una serie de topónimos en *il(i)-* que se extienden desde el Bajo Guadalquivir hasta el Segura para reaparecer de nuevo al Norte del Ebro,⁶¹ y que se suelen considerar ibéricos dada la coincidencia entre su formante característico y el elemento frecuente en la antroponimia ibérica *ilti-*, representado en latín por *ili* o *illi*.

Como en el caso de los antropónimos, también ahora nos encontramos con dos series que se dejan adscribir con claridad a un grupo lingüístico, ibérico en un caso, IE en otro, y otra u otras que tienen en común una

⁵⁵ Albertos: 1966: *Onomástica*, 276. La valoración de los NNP del Cortijo de las Vírgenes como parte integrante de una peculiar onomástica andaluza la encontramos ya en M. Gómez Moreno: 1949: *Misceláneas*, 251.

⁵⁶ Pol. 11 20.3.

⁵⁷ Para los NNP de tradición literaria prescindo de algunos, a veces aducidos en relación con estas cuestiones, pero que me parecen totalmente indignos de confianza, en especial los que encontramos en la obra fantástica de Silio Itálico. Los NN de reyes andaluces citados en las fuentes han sido recopilados por Caro Baroja: 1971: “La realeza”, 185ss.

⁵⁸ Untermann: 1961: *Sprachräume*, mapa 3 con sus referencias. En éste y en los casos citados a continuación los topónimos de la Bética y sus referencias en las fuentes clásicas pueden ser contrastados con Tovar: 1974: *Baetica*, y con el mapa final del mismo, 1976: *Lusitanien*, y con los volúmenes correspondientes de la TIR, por el momento J-29 de 1995, a falta de publicarse J-30 ya concluido. También deben consultarse las hojas 26 y 27 del Barrington Atlas.

⁵⁹ Untermann: 1961: *Sprachräume*, mapa 16; Villar: 1999: “Los topónimos”; 2000: *Indoeuropeos*, 85-178.

⁶⁰ Untermann: 1961: *Sprachräume*, mapa 19; Villar: *Indoeuropeos*, 247-56, 209-36.

⁶¹ Untermann: 1961: *Sprachräume*, mapa 2, y 1976: “Pompaelo”.

distribución geográfica pero que no podemos considerar sin más como pertenecientes a una única comunidad lingüística. Curiosamente reaparecen en estos topónimos los mismos rasgos que caracterizaban a los antropónimos propiamente andaluces; encontramos frecuentes geminadas, a veces en alternancia con la correspondiente simple —elementos *ipp(o)*, *-uccí*—, y fluctuaciones en las vocales —elementos *-orgi/-urgi*, *-oba/-uba*—. Además hay rasgos nuevos, no visibles en los antropónimos, como la alternancia sonora/sorda —final *-ci/-gi*—, y falta la *h* atestiguada en aquéllos. La falta de *h* tiene una explicación probable en la historia de la recepción, si aceptamos que servía como marca no estrictamente fonética como la de aspiración del IPA, sino como mero indicador de una peculiaridad de pronunciación sensible a oídos latinos pero no percibida como fonológica, por ejemplo una diferencia de tensión; cuando los romanos entran en Andalucía existe un *corpus* de transcripciones de los topónimos indígenas a caracteres púnicos y griegos a partir de las cuales se hacen directamente las transcripciones latinas; si no existían aspiradas indígenas, en las transcripciones griegas no se utilizarían aspiradas, y por lo tanto no habría ningún motivo para que en latín, de acuerdo con las convenciones normales en la transcripción del griego, se utilizase *h*, pero sí para que se copiasen geminadas que habían sido utilizadas para indicar la extrañeza que producía el “tono” de un sonido que sin embargo se podía identificar como equivalente de un sonido del propio sistema fonético. Los NNP sin embargo, salvo en contados casos de personajes importantes, que en todo caso al no ser actuales no tenían por qué interesar a los administradores y militares romanos, fueron conocidos directamente por éstos en el contacto día a día con las gentes turdetanas y aplicaron a su transcripción sus propios recursos; entre éstos hacer seguir de *h* a una *t* indicaba que se trataba de una dental sorda extraña de alguna forma, mientras que una *theta* por el contrario hubiera tenido un preciso valor fonético en griego.⁶² De ahí que el recurso a la *h* lo encontremos en otras partes de Hispania,⁶³ en particular en las zonas eusquéricas, que por supuesto no tenían por qué coincidir en rasgos fonéticos con Turdetania.

Pero el indicio a primera vista más significativo de la pertenencia de todos esos elementos a un único horizonte lingüístico, lo tenemos en la existencia de combinaciones bien sea directamente entre dos de ellos, bien entre ellos y otro elemento que permite relacionarlos, caso de *Ip-tuci*, y de *Baesippo* y *Baesucci* respectivamente.⁶⁴

⁶² Las críticas de Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 346-9, se basan en una interpretación equivocada del valor que atribuyo a las grafías con <h>, y que de acuerdo con lo dicho no tiene por qué indicar necesariamente aspiración. Aunque la pronunciación del griego en los estratos romanos más cultos debía realizar adecuadamente la aspiración en época republicana avanzada y augústea, la utilización de la <h> básicamente para términos extranjeros la había convertido en una marca de exotismo, no ligada necesariamente a una pronunciación única.

⁶³ Albertos: 1987: “Las aspiradas”. Es característica la incoherencia con que se adapta el alfabeto latino a la transcripción de las aspiradas aquitanas: Gorrochategui, J.: 1984: *Estudio*, 374-5.

⁶⁴ Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 46, reiterado en parte literalmente en 81-2, critica este argumento. Hay dos puntos distintos que conviene precisar; en primer lugar la crítica tendría una cierta validez dirigida a la pretensión de delimitar una lengua con ese criterio, no a la identificación de un horizonte lingüístico (vid. infra); en segundo, incluso respecto a una

Además existe algún sufijo que apunta también a relaciones entre los formantes mencionados: *Ilipula*, *Ipolcobulcula*, *Baecula* (junto a *Baesippo*), *Lacilbula* (junto a *Lacippo*), *Obulcula*, *Iliturgicola*, *Paisoûla* (gr.), quizá relacionables con los étnicos meridionales *Turduli* y *Bastuli*, aunque no se debe olvidar que el mismo sufijo aparece también en el Norte de la Península.⁶⁵

Para concluir la presentación meramente material de los topónimos andaluces quiero llamar la atención sólo sobre un problema que afecta tanto al sufijo *-ula* como a los formantes *urgi*, *ugi*, *igi*, que en realidad aparecen como *(c)ula*, *(t)urgi*, *(t)ugi* y *(t)igi*. En efecto, aunque existen casos dudosos, como *Itucci*, *Isturgi*, *Astigi*, en los que pudieramos pensar en bases *It-*, *Ist-* y *Ast-*, otros, como *Iliturgi*, *Conistorgis*, *Amtorgis*, parecen exigir una segmentación *-turgi*. De forma parecida *Baecula* e *Iliturgicola* contrastan con *Ilipula* e incluso con *Obulcula* si se tiene en cuenta la existencia de *Obulco*.⁶⁶ Los datos de que disponemos son insuficientes para resolver todos los problemas; es posible que a veces estemos ante temas ampliados con un alargamiento consonántico a los que se unan los sufijos ya considerados, que en otros casos existan elementos de composición independientes, como probablemente *turgi*,⁶⁷ y que finalmente estemos ante formantes de los que exista una doble forma, iniciada en vocal cuando se unen a un elemento que concluye en consonante, e iniciada en consonante en el caso contrario. En este último caso es probable que la forma ampliada haya nacido por un falso corte a partir de palabras formadas con el sufijo original,⁶⁸ pero dado lo precario de nuestro conocimiento de estos topónimos no lo podemos garantizar, como tampoco ninguna de las alternativas anteriores, ya que podría tratarse de un rasgo morfológico funcional, propio de una lengua no IE, que para nosotros resulte opaco aunque tenga una justificación semántica regular.

Suponiendo que las diversas series onomásticas no ibéricas ni IE que acabamos de considerar estén relacionadas entre sí, se plantea la cuestión de la lengua a la que podrían pertenecer. Los datos onomásticos explícitamente atribuidos al mundo tartésico por nuestras fuentes son muy escasos y no nos permitirían dar un solo paso en la descripción de la lengua tartesia. La situación varía ligeramente a nuestro favor si podemos incluir en esa descripción los datos de la onomástica visible en Turdetania en fecha romana. A favor del origen tartesio de una parte significativa de esa toponimia tenemos un indicio significativo y un dato seguro,⁶⁹ el indicio nos lo proporciona la arqueología que atestigua la ocupación tartesia de muchos

lengua concreta, si es obvio que pueden existir formas híbridas no lo es menos que, cuando nos servimos de la toponimia para reconstruir una lengua que desconocemos, la hipótesis económica y por lo tanto el método correcto es suponer que los elementos que se combinan pertenecen a la misma lengua, y sólo considerar la hipótesis de la hibridación cuando contemos con indicios significativos a su favor.

⁶⁵ Faust: 1966: *Antiken Einwohnernamen*, 27-9 y 130-1 con mapa en 143.

⁶⁶ de Hoz: 1989: "El desarrollo", 554.

⁶⁷ Schmoll, U.: 1959: *Die Sprachen*, 32; Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 261.

⁶⁸ Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 259-61, 274.

⁶⁹ de Hoz: 1989: "El desarrollo", 564.

de los lugares cuyo nombre pertenece a las series citadas,⁷⁰ y que no hace probable un origen pretartésio de series toponímicas significativas, dado lo que parece haber sido el desarrollo del urbanismo en la zona; el dato procede de Hecateo, ya que entre los pocos topónimos tartesios por el citados que se han conservado figura Mainobora:

[4] Μαινοβώρα· πόλις Μαστιγιῶν. Ἑκαταῖος Εὐρώπη
(FGH 1 F42 (Jacobi); 49 Nenci).⁷¹

Tenemos con ello atestiguada la existencia de la serie *oba* y la lengua a la que pertenecía a finales del s. VI, es decir en fecha tartesia segura, y los cruces entre las diversas series ya señalados hacen casi seguro que todas ellas pertenezcan, al menos en el sentido que enseguida matizaré, a la misma lengua, que difícilmente puede ser entonces otra que la tartesia.

El problema de los NNP característicos del territorio tartésio es algo más complicado ya que proceden en su totalidad de la epigrafía latina, y su atribución a la lengua tartesia tiene más hipotética justificación. En realidad no existe prueba alguna de que pertenezcan a la misma lengua que los topónimos arriba estudiados, pero no son IEs ni ibéricos ni púnicos ni latinos, y aparecen en el territorio en que se desarrolló la cultura tartesia y más adelante su heredera turdetana. No hay motivo alguno para pensar que con posterioridad a la aparición del mundo tartésio la Baja Andalucía haya recibido ningún aporte humano ajeno a los ya mencionados,⁷² y por lo tanto si nos negamos a considerar tartesios esos NNP tendremos que atribuirlos a un substrato pretartésio, lo cual es gratuito y antieconómico a la vez. Considero justificado por lo tanto el incluir esos NNP en un mapa de rasgos tartesios junto con los topónimos (mapa 2, p. 607, en de Hoz: 1995: “Tartésio”), y de hecho el no incluirlos no modificaría en absoluto la imagen que obtenemos, ya que la distribución de ambas series coincide básicamente.

¿Quiere esto decir que el conjunto de datos onomásticos a los que me estoy refiriendo apunta con cierta probabilidad a la existencia de una lengua de la que todos ellos formarían parte y que podríamos identificar con la lengua de los tartesios y posteriormente de los turdetanos? Hasta cierto punto creo que, tras una matización esencial, ésta es la hipótesis más económica, sin duda hipótesis mientras no contemos con testimonios más directos, pero hipótesis lo suficientemente fundada como para que podamos utilizarla en nuestra imagen de la situación lingüística de la Hispania antigua hasta tanto

⁷⁰ de Hoz: 1995: “Tartésio”, 597-8.

⁷¹ Cf. *Mainoba* en Mela 2.94 y Plinio 3.8.

⁷² Podría pensarse en gentes de lenguas líbicas trasladadas a Andalucía por los cartagineses (referencias a las fuentes en Blázquez, J. M^o.: 1961: “Las relaciones”, 30-2, y vid. e. g. García-Bellido, M. P.: 1987: “Leyendas”, 515; Quesada, F. & García-Bellido: 1995: “Sobre”, 69-72; Domínguez Monedero, A. J.: 2000: “Monedas”, 67-73); sin embargo no hay rasgos líbicos, ni en el sentido de recurrentes en la epigrafía o en el material lingüístico atribuido por las fuentes antiguas a los antiguos líbicos, ni en el de relacionable con la familia lingüística bereber. En cuanto a los NNL andaluces con paralelos en el norte de África, aunque existen coincidencias no podemos por ahora establecer relaciones precisas; vid. sobre esta cuestión Desanges, J.: 1977: “Sur”; Villar: 2000: *Indoeuropeos*, 185-6, 253, 387; recientemente García Moreno: 200: “Los topónimos”, 165-7, se inclina decididamente por las relaciones africanas.

que no se la pueda oponer una sólida objeción. Hay sin embargo que matizar, como decía, y debemos empezar por hablar, antes que de lengua, de “horizonte lingüístico” (cf. infra § 8). Entiendo con esta expresión todo un conjunto de materiales lingüísticos de distintas procedencias que en un momento dado la historia ha puesto en contacto y a los que ha dado algún tipo de unidad. En concreto en el caso del que tratamos la unidad vendría dada, a mi modo de ver, porque los diversos materiales que he considerado, y que obviamente pueden tener orígenes distintos, habían llegado a confluír en la lengua de los turdetanos y han sido conocidos por griegos, púnicos y romanos a través de esa lengua. Hay por lo tanto que distinguir, al menos como posibilidad teórica, lo que era el sistema específicamente turdetano, su fonología, léxico y recursos gramaticales, del horizonte lingüístico meridional entre digamos s. VIII a.C. y la latinización, en el que sostenidos por el entramado de la lengua turdetana y bajo coloración fonética y gramatical turdetana pudieron pervivir elementos propios de otros estratos lingüísticos.

Obviamente toda lengua lleva consigo un cierto componente ajeno pero hablar de horizonte lingüístico en todos esos casos no tendría sentido; a mi modo de ver lo que justifica la utilización de ese concepto es una situación de fuerte interferencia lingüística en la que o conviven lenguas muy condicionadas mutuamente, o una lengua mantiene un grado de información sobre estratos anteriores anormalmente alto.

En el caso del posible horizonte andaluz prelatino parece que, aparte las lenguas coloniales, de cuyo impacto en el turdetano no sabemos nada, en la Baja Andalucía no se hablaba sino una lengua, el turdetano, a la que podían pertenecer de antiguo, como rasgos propios, los elementos que hemos comentado, pero si pertenecían a estratos diversos esa lengua pudo ser portadora de un complejo horizonte. Personalmente no creo que estemos todavía en condiciones de afirmar positivamente gran cosa en esta dirección, a pesar del amplio y rico estudio que recientemente ha dedicado a la cuestión F. Villar, y cuyos resultados si los aceptásemos serían prueba indiscutible de un complejo horizonte meridional de mediación turdetana.⁷³ Pero de momento creo que aparte de las series muy definidas geográficamente, y de las que sólo podemos decir que en un sentido u otro pertenecen al mundo turdetano, las conexiones que se establecen en ese estudio entre regiones alejadas no pasan de meras posibilidades basadas en coincidencias que pueden carecer de valor histórico, y que lo mismo ocurre con las atribuciones a la familia IE de nombres que no tienen ni el soporte de unos textos, por muy fragmentarios que sean, ni la abundancia, la coherencia geográfica y cronológica, y la nitidez de al menos algunas formaciones gramaticales que encontramos por ejemplo en la onomástica hispana

⁷³ Villar: 2000: *Indoeuropeos*. Vid. también Villar: 1999: “Los topónimos”, y 2001: “Indoeuropeos”. De las series a las que aquí me he referido Villar distingue *ipo, tuci, igi*, no IE, de *oba, urgi, bai, -ul-*, IE y de un mismo estrato presente también en el valle del Ebro (la representación convencional de las formas que representan a las series es mía, no la de Villar). Posteriormente, e. p.: “Los topónimos *Tucci*”, artículo del que agradezco vivamente a F. Villar que haya tenido la amabilidad de proporcionarme una copia, se decide por el carácter IE de *tuci*.

occidental o en la tracia por citar dos casos muy alejados desde todos los puntos de vista.

8. En relación sobre todo con los NNL hemos visto algunos criterios generales, válidos para cualquier clase de NNp, pero por supuesto existen diferencias importantes entre los NNL y los NNP, mientras que los NND y los NNE ocupan una posición en cierto modo intermedia.⁷⁴ Los NNP están ligados a una cultura concreta en un momento histórico determinado; es cierto que pueden transmitirse de generación en generación a lo largo de siglos, y que en ese proceso pueden llegar a resultar escasamente comprensibles para sus propios portadores, y que pueden transmitirse en préstamo de una comunidad a otras, con lo que dejan de explicarse por el sistema lingüístico propio de las gentes a quienes identifican. En ambos casos, aunque los NNP originalmente suelen ser siempre significativos, se pierde la relación entre su forma y su significado con lo que surgen serios problemas para la interpretación etimológica.

Pero si esto ocurre en el caso de los NNP, en el de los NNL la situación es normalmente mucho peor (cf. supra sobre el concepto de “horizonte lingüístico”). Un NL queda ligado a un emplazamiento geográfico y aunque a veces, si se produce una substitución de lengua en la zona, ese emplazamiento puede ser rebautizado, es igualmente frecuente o quizá más el que el viejo NL sea adoptado por los nuevos hablantes, unas veces con mínimas transformaciones, otras con cambios adaptativos más fuertes, que incluso pueden dar lugar a una nueva forma mixta del tipo de *Guadiana*, con un primer elemento árabe y el nombre prerromano del río, *Anas*. Por este camino se produce una estratigrafía más profunda cuanto más moderna es nuestra documentación, en la que conviven topónimos de distintas fechas y distintos horizontes lingüísticos cuya definición es un tanto ambigua: *Guadiana* es un NL español, pertenece al léxico de los NNp españoles, pero en cierto sentido es árabe y en cierto sentido prerromano.

Estas estratigrafías pueden quedar ocultas a los criterios que nos permiten reconstruir series toponímicas y atribuirles a una lengua, de forma que para nosotros un conjunto de elementos originados en fechas y lenguas distintas se nos presenten como léxico y morfemas propios de la más reciente de esas lenguas. En particular los NNL de accidentes naturales, ríos, montañas, etc., puede tener una antigüedad remota, mientras que los nombres de asentamientos están ligados a la aparición, a menudo en la Península Ibérica no anterior al Bronce Final, del núcleo urbano o protourbano al que denominan. Otra diferencia entre los NN de accidentes geográficos y los de lugares de habitación es que en el caso de aquéllos pueden darse dobles o incluso repeticiones más complejas, ya que un río ha

⁷⁴ Sobre los étnicos paleohispanos falta un estudio adecuado; puede verse en general Untermann: 1993: “Los etnónimos”; importante Faust, M.: 1966: *Die antiken*; sobre los citados por Tolomeo, García Alonso, J. L.: 1993: *La Geografía*; Schmoll, U.: 1959: *Die Sprachen*, contiene muchas observaciones puntuales. Sobre los NND la bibliografía es muy amplia; para una primera aproximación a las dos áreas más ricas vid. de un lado Gorrochategui, J.: 1984: *Estudio*, 297-354, y de otro Untermann: 1985: “Los teónimos”; 1988: “Zur Morphologie”, y Búa, J. C.: 2000: *Estudio*.

podido recibir nombre en diferentes lugares de su curso, y una montaña en varios puntos desde los que resulta visible con diferentes perspectivas.

La estratigrafía toponímica tiene como consecuencia una opacidad semántica creciente a medida que retrocedemos en el tiempo, lo que en el caso de compuestos como *Guadiana* puede dar lugar a NNL que sean pura redundancia, pero para ello es preciso que el significado de uno de los elementos esté completamente olvidado. En el supuesto de que *Anas* significase “río”, *Guadiana* significaría “río-río”; no es esperable sin embargo una forma como **Guadirrío* porque la interferencia de árabe y romance se ha producido en España a través de hablantes que tenían al menos un cierto conocimiento de la otra lengua y a los que resultaría rechazable una redundancia de ese tipo. Casos del tipo “el puente de Alcántara” son diferentes, ya que el primer componente de la expresión redundante no forma parte del Np, y la expresión no ha podido surgir hasta que el topónimo *Alcántara* no hubo adquirido, en el sistema lingüístico de hablantes que ya no conocían ni pasivamente el árabe, el carácter de un Np con referente pero sin significado.

El paso del tiempo actúa sobre los NNL de otra forma que puede crear aún más confusión;⁷⁵ desde el momento en que un NL se hace opaco plantea una cierta incomodidad a los hablantes, pero éstos pueden advertir que con alguna pequeña modificación el NL adquiere un sentido aparentemente razonable, es decir se pone en juego la llamada etimología popular. La comparación de NNL actuales en cualquier lengua europea con la primera documentación de esos nombres en la Edad Media proporciona abundantes ejemplos de formas rehechas por etimología popular,⁷⁶ pero en el mundo antiguo nos encontramos con mayores dificultades para determinar casos de este tipo por falta de datos sobre las formas antiguas de los NNL, y a veces también sobre la lengua que ha podido dar pie a una etimología popular. Una consecuencia secundaria de esta situación es que podemos sentirnos tentados de interpretar a nuestro gusto formas aparentemente claras para descubrir bajo ellas otras formas más antiguas que se adapten mejor a nuestras teorías y que habrían sido transformadas por etimología popular; por ello también en la utilización hermenéutica de la etimología popular hay que marcarse limitaciones estrictas. De hecho casi nunca una interpretación de este tipo es demostrable en el ámbito de la paleohispanística, pero para que merezca la pena plantear al menos la hipótesis es necesario que podamos dar cuenta objetivamente de la forma reconstruida y que podamos demostrar que históricamente existieron las circunstancias que hacían posible la etimología popular. Un caso que nos afecta particularmente es aquél en que la etimología popular se presenta como interferencia lingüística en vivo; los NNL que nos interesan nos han llegado básicamente en fuentes griegas o latinas, por lo tanto es presumible que esos nombres cedan en último término de la forma en que hablantes de griego o latín han “oído” de labios indígenas un NL —o un NP o ND— local. En ese proceso es fácil que hayan

⁷⁵ Trask, R. L.: 1996: *Historical*, 350-3.

⁷⁶ Para España vid. e. g. Llorente, A.: 1986: *Los topónimos*, 53-8.

aproximado a su propia experiencia lingüística una forma porque les resultaba anómala o, al contrario, porque les resultaba muy similar a algo ya conocido. Ya he dicho que *Tartessos* presenta una formación anómala en Hispania pero frecuente en el Mediterráneo oriental, de donde procedían los griegos que transmitieron las primeras noticias sobre Tartessos. Si podemos objetivamente mostrar la posibilidad en un estrato toponímico hispánico meridional de una raíz **tart-* o similar seguida de una terminación que incluía una sibilante o fricativa estaremos autorizados a suponer que los jonios han adaptado esa palabra a sus hábitos toponímicos bajo la forma *Tartessos*.⁷⁷

9. Otra fuente de información sobre lenguas fragmentariamente atestiguadas, similar a las glosas pero con problemas propios, es el léxico vivo de una lengua conservada que en alguna de sus fases anteriores estuvo en contacto con una o varias lenguas fragmentariamente atestiguadas de las que pudo recibir préstamos. En realidad se trata de un caso especial de substrato, más directo tanto en sus efectos como en sus posibilidades de observación que las interferencias fonéticas o gramaticales. De hecho podríamos decir que estos últimos tipos de huellas del substrato constituyen también una fuente de conocimiento sobre las lenguas fragmentariamente atestiguadas, y en una muy reducida medida así es, pero las cuestiones de substrato ya resultan normalmente lo bastante problemáticas en su uso más habitual, el de explicar cambios producidos en lenguas que conocemos bien, como para que pueda ser útil el intentar transferir las hipótesis que esos cambios podrían sugerir sobre sus causas en el substrato, salvo en condiciones muy excepcionales, al estudio de lenguas de las que desconocemos casi todo.

Por ello más vale limitarse, de entre los fenómenos de substrato, a utilizar el testimonio menos problemático que es precisamente el del léxico no patrimonial de las lenguas de historia conocida, sin olvidar sin embargo que este campo no deja de plantear una buena parte de las dificultades habituales en el estudio del substrato. En este sentido hay que distinguir los casos en que las palabras en cuestión están ya atestiguadas en la lengua fragmentaria, y su pervivencia posterior, aunque no carente de interés, no añade una información realmente nueva, caso por ejemplo del término español “páramo” que como vimos está atestiguada en una inscripción latina de la zona en la que debía hablarse la lengua hispánica IE en la que se utilizaba la palabra. En un caso como éste la documentación actual es importante porque garantiza que la recepción del término indígena en latín no fue un episodio individual o muy localizado, y ayuda a definir el territorio en que se situaba el uso prerromano, pero el testimonio antiguo nos resuelve la mayor dificultad que plantea el estudio de estas pervivencias vía préstamo, el poder afirmar que efectivamente estamos ante una palabra heredada de la lengua o una de las lenguas que nos interesan, y en este segundo caso, el poder hacer una atribución razonable a una de ellas en particular.

⁷⁷ La idea es muy probable y ha sido defendida por diversos autores; vid. e. g. Sieglin, W.: 1934: “Die Namensform”; Koch, M.: 1984: *Tarschisch*, 111-6.

En efecto como en el caso de la toponimia, con el que también estos estudios tienen mucho en común, la dificultad mayor estriba en la constitución del *corpus*. Cualquier diccionario etimológico de una lengua suficientemente atestiguada, sea viva o de *corpus*, muestra un residuo importante de palabras no clasificadas. En el caso del griego clásico por ejemplo una estimación basada no en un estudio exhaustivo pero sí en una prospección razonable, nos indica que casi el 50% del vocabulario no procede del protogriego,⁷⁸ es decir de la lengua que se interpone como fase intermedia entre el IE y el griego histórico, lo que significa que ha sido introducido en el griego como préstamo desde otras lenguas, la inmensa mayoría, con la excepción parcial de las semíticas occidentales, lenguas fragmentariamente atestiguadas o ni siquiera eso. El problema estriba por lo tanto en distinguir lo que pertenece a uno u otro de los posibles candidatos, cuya existencia a veces sólo se deduce del propio léxico griego, como en el caso de una hipotética lengua IE caracterizada por evoluciones fonéticas distintas de las del griego,⁷⁹ y asegurarse de que en ocasiones no estamos ante una forma protogriega perfectamente aceptable que simplemente no hemos sido capaces de identificar.

Si en el caso del griego antiguo se plantean serios problemas para identificar formas cuya entrada en la lengua se ha podido producir pocos siglos antes de que aparezcan atestiguadas en textos micénicos, en el caso de los préstamos de lenguas europeas prerromanas, penetrados en el latín local hablado y no atestiguadas sino en las lenguas romances a partir de la Baja Edad Media, los problemas son por supuesto mayores. Pero además aparece un factor de complicación adicional cuando esos préstamos a partir del latín local de una determinada zona se han generalizado a zonas más amplias, incluso a la Romania entera, con lo que hoy pueden existir serias dificultades para identificar su zona de origen y por lo tanto la posible lengua de salida. Sabemos por ejemplo que algunos de los celtismos vivos en español no proceden de ninguna lengua paleohispánica, sino que son préstamos del galo al latín que se generalizaron y pervivieron en diversas lenguas romances tras la fragmentación del latín hablado.⁸⁰ Estos casos conocidos gracias a una información adecuada nos demuestran que pueden existir otros en los que la región de origen no sea determinable, como de hecho vemos en ciertas formas sin etimología latina ni origen conocido presentes en varias lenguas romances, o peor aún, en los que una forma haya sido tomada a partir de una lengua local por el latín de esa zona, se haya extendido más allá de sus límites originarios y haya pervivido en dialectos romances en los que había entrado secundariamente mientras se perdía en los que continuaban el latín local en el que se produjo el préstamo; en casos como éstos nuestras hipótesis sobre la lengua prestataria pueden estar por supuesto totalmente

⁷⁸ Morpurgo Davies, A.: 1986: "The Linguistic".

⁷⁹ Presentación crítica de esas teorías en Katičić, R.: 1976: *Ancient* 1, 58-87, y en Hester, D. A.: 1965: "Pelagian". Los problemas que plantean estas reconstrucciones, y que ponen de manifiesto los trabajos citados, son del mismo tipo que los suscitados por muchas construcciones toponímicas.

⁸⁰ Vid. por ej. Tagliavini, C.: 1973: *Orígenes*, 196-7 con la bibliografía de la n. 117, de la que entresaco el libro seminal de Thurneysen, R.: 1884: *Keltoromanisches*.

descarriadas. De todas formas, y a pesar de las dificultades existentes que he tratado de subrayar, es posible en muchos casos identificar en una lengua viva una palabra procedente del substrato, que a veces ha pervivido precisamente en el léxico más rural y conservador, y llegar a proponer para ella un origen seguro o probable e incluso una etimología correcta.

En lo que se refiere a nuestro tema existe una tradición de estudios lexicológicos, obra sobre todo de romanistas, que ha permitido identificar palabras prerromanas en todas las lenguas modernas del área que nos interesa, es decir en las variedades del español, en catalán, galaico-portugués y diversas variedades del provenzal en sentido amplio, en particular gascón y languedociense.⁸¹ El vasco plantea problemas especiales, ya que al carecer de un estadio previo conocido que sirva de control, como ocurre con el latín e incluso con el IE en el caso de las lenguas romances, es prácticamente imposible detectar un préstamo en vasco que proceda de familia no conocida; como mucho se podrán aislar formas que no se atienen a los rasgos fonológicos o de estructura de la palabra reconstruidos para el vasco prehistórico pero sin posibilidad normalmente de ir más allá. Sí es posible sin embargo, al margen del problema mucho más complicado de las interferencias antiguas entre vasco e ibérico, identificar préstamos IEs prelatinos, esencialmente célticos.⁸²

10. Una característica común de los distintos elementos que acabamos de considerar, glosas, NNp, palabras supervivientes en el léxico moderno, es que nos son transmitidos a través de una lengua distinta de aquélla a la que pertenecen y cuyo conocimiento es nuestro objetivo actual. Inevitablemente la lengua transmisora, que proporciona además el contexto en que conocemos la palabra, filtra en mayor o menor grado las características fonéticas y morfológicas de ésta. De hecho ya hemos encontrado algún ejemplo del problema, como la deformación de los NNL para adaptarlos a formaciones familiares para los hablantes de las lenguas clásicas, pero el problema va mucho más lejos y afecta a la totalidad de estos materiales, tanto en su realización fonética como en los patrones morfológicos con que se nos presentan.

De hecho el uso de una palabra de una lengua A en una lengua B no deja de ser un fenómeno de interferencia lingüística, y por lo tanto los mismos condicionantes que se dan en el proceso de interferencia condicionan también la información que a través de la lengua B podemos obtener sobre la lengua A. Desde el punto de vista fonético podemos perder información porque la lengua B carece de distinciones existentes en la A y confunde distintos fonemas en uno, o podemos recibir información falsa porque la lengua B convierte en diferencias fonológicas lo que en A eran meras diferencias alofónicas, o reinterpreta una distinción de A en otros

⁸¹ Una primera aproximación en Hubschmid: 1960: "Lenguas no indoeuropeas", y "Lenguas indoeuropeas", y en Lapesa, R.: 1981⁹: *Historia*, 46-52. Mucha documentación, a menudo muy especulativa, en los monumentales diccionarios de Corominas: Corominas, J. & Pascual, J. A.: 1980-1991: *Diccionario*, y Coromines, J.: 1980ss.: *Diccionari*. El propio Corominas recogió el material céltico en Corominas, J.: 1956: "New Information" e insistió en estas cuestiones en 1976: "Elementos".

⁸² Gorrochategui 1987: "Vasco-Celtica", con la bibliografía anterior.

términos, o substituye un fonema del que carece por otro más o menos próximo que le es propio. Es probable por ejemplo que algunas lenguas paleohispánicas hayan conocido una oposición fonológica de tensión que no existía en las lenguas clásicas, y éstas la hayan reinterpretado como oposición de sonoridad;⁸³ es seguro que el ibérico conocía una oposición en las sibilantes que carecía de un equivalente en las lenguas clásicas y, al menos en ciertos casos, éstas se han limitado a confundir las dos sibilantes ibéricas en la única que ellas poseían.⁸⁴

En lo que se refiere a la morfología sólo hay uno de los varios procesos que la afectan en la interferencia lingüística que nos interese en el caso de la transmisión de términos de una lengua A a través de una lengua B, la integración morfológica de préstamos tal como vemos por ejemplo en la adaptación de NNP ibéricos a los temas y marcas casuales de las lenguas clásicas: *basikeře* como Βασικερος, o **sosin-bilos* como *Sosimilus* donde además se advierte un fenómeno de interferencia fonética.⁸⁵ En todo caso no siempre se da esa integración y a menudo, al menos en el caso de los NNP, nos encontramos con formas paleohispánicas conservadas con sus rasgos morfológicos originales.

Un aspecto de este problema repercute de forma particularmente negativa en el conocimiento de posibles substratos paleohispánicos. Podemos valorar hasta cierto punto la situación de la lengua ibérica, y en menor medida de la turdetana y del horizonte vasco-aquitano antiguo; la lengua de las inscripciones del SO nos resulta casi totalmente opaca aunque creo que sin duda era no IE, pero aparte de éstas pudieron existir otras lenguas de vieja raíz, anteriores a la indoeuropeización, que perviviesen sin llegar a escribirse, bien en convivencia con alguna de las lenguas conocidas epigráficamente, bien como bolsas de extensión más o menos amplia en territorio IE.⁸⁶ En ese supuesto el léxico que de ellas se hubiese conservado lo haría básicamente por la vía del latín, es decir a través de una necesaria indoeuropeización morfológica que haría casi imposible el distinguirlas del material IE citado en las fuentes latinas o recibido como substrato en el latín de Hispania.

Otros problemas morfológicos que afectan a las relaciones gramaticales, a las funciones, al carácter obligatorio o no de las categorías, no afectan en principio a la transmisión de elementos léxicos por una lengua intermediaria. En cuanto a problemas de interferencias más específicamente léxicos, como el ajuste fonético de palabras emparentadas y semejantes cuando la interferencia se da entre lenguas de una misma familia, o la utilización del préstamo para substituir una palabra de la lengua receptora en su significado básico, quedando la vieja palabra reducida a un uso marginal y especializado, son propios de las relaciones entre una lengua prestataria de mayor prestigio

⁸³ De Hoz: 2001: "Hacia", 337-8.

⁸⁴ De Hoz: e. p. (2000): "Las sibilantes", con la bibliografía anterior.

⁸⁵ TS; MLH III 1 § 7.39 y 109.

⁸⁶ Una situación de este tipo podría darse en tierras altas de Soria, a juzgar por las peculiaridades de su epigrafía y onomástica: Espinosa, U. & Usero, L. M.: 1988: "Eine Hirtenkultur"; Gómez-Pantoja, J. & Alfaro, E.: 2001: "Indigenismo".

y una receptora en posición subordinada, por lo que no podemos esperarlos en el caso de términos paleohispánicos transmitidos a través de las lenguas clásicas, incluyendo las romances que a fin de cuentas presuponen la recepción del término paleohispánico en latín. Si las lenguas clásicas utilizaron términos paleohispánicos normalmente fue porque carecían de un sustituto propio, como es obvio en el caso de los NNP y probable en palabras del léxico común relativas a un ámbito ecológico determinado o a técnicas tradicionales.

Distinto es el caso de las relaciones del vasco con las otras lenguas paleohispánicas de su entorno, en particular el ibérico, ya que elementos del léxico paleohispánico no vasco pudieron pasar al protovasco o al vasco prehistórico desde una posición de superior prestigio y pervivir luego en la lengua hasta nuestros días o por lo menos hasta su documentación literaria, pero el tema es tan oscuro que es muy poco lo que en este sentido se puede insinuar.⁸⁷

En resumen hay que contar con que la información sobre las lenguas paleohispánicas mediada a través de otras lenguas, aunque sin duda es importante por su volumen y por lo que nos permite conocer, está sometida a condicionamientos graves debidos a la interferencia lingüística que exigen un análisis cuidadoso para intentar acercarse a la auténtica forma paleohispánica sin que por ello sea siempre posible obtener éxito.

BIBLIOGRAFÍA

- Abascal, J. M.: 1994: *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia.
- Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Salamanca, 1974): 1976: Salamanca.
- Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Lisboa, 1980) : 1985: Salamanca.
- Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Vitoria, 1985): 1987 : Vitoria/Gasteiz = *Studia Paleohispanica, Veleia* 2-3
- Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (Coimbra 1994) = *La Hispania Prerromana*: 1995: Salamanca.
- Actas VI: 1995: *La Hispania Prerromana* = *Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (Coimbra 1994), Salamanca.
- Actas VII: 1999: *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Zaragoza 1997), F. Villar & F. Beltrán eds., Salamanca.

⁸⁷ Los testimonios, de existir, habría que buscarlos en primer lugar en las listas de aparentes coincidencias léxicas: Tovar, A.: 1954: "Sobre"; Michelena: 1979: "La langue", 37-8; Gorrochategui, J.: 1984: *Estudio*, vid. índice y p. 379.

- Actas VIII: 2001: *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania = Actas del VIII Coloquio Internacional sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, F. Villar & M.^a P. Álvarez eds., Salamanca.
- Albertos, M.^a. L.: 1966: *La onomástica personal primitiva de Hispania. Tarraconense y Bética*, Salamanca.
- : 1973: “Lenguas primitivas de la Península Ibérica”, *Boletín Sancho el Sabio* 17, 69-107.
- : 1975: *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania antigua*, *Studia Archaeologica* 37, Valladolid.
- : 1976: “La antroponimia prerromana de la Península Ibérica”, *Actas del I Coloquio*, 57-86. Salamanca.
- : 1981: “Organizaciones suprafamiliares en la Hispania antigua (II)”, *BSAA* 47, 208-214. Valladolid.
- : 1983: “Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine”, *ANRW* II 29.2, Berlin, 853-92.
- : 1987: “Las aspiradas de las lenguas paleohispánicas: la F y la H”, *Actas del IV Coloquio*, 139-43.
- Anreiter, P., Haslinger, M. & Roider, U.: 2000: “The Names of the Eastern Alpine Region mentioned in Ptolemy”, Parsons, D. N. & Sims-Williams, P. eds., *Ptolemy*, 113-42.
- Ariza, M.: 1982: *Intento de bibliografía de la onomástica hispánica*, Cáceres.
- de Astarloa, P. P.: 1803: *Apología de la lengua bascongada*, Madrid (edic. facsímil de Valencia, 1998).
- Baldinger, K.: 1972: *La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica*, 2^a edic., Madrid (1^a edic. 1963, 1^a edic. alemana 1958).
- Barrington Atlas = Talbert, R. J. A. ed.: 2000.
- Bastardas, M.^a-R.: 1995: “La recherche onomastique dans la Péninsule Ibérique romane (Espagne et Portugal)”, *Namenforschung* 1, 157-62.
- Beltrán, F., de Hoz, J. & Untermann, J.: 1996: *El tercer bronce de Botorrita (Contrebia Belaisca)*, Zaragoza.
- de Bernardo P.: 1999: *Nominale Wortbildung des älteren Irischen*, Tübingen.
- : 2000: “Ptolemy’s Celtic Italy and Ireland: a Linguistic Analysis”, Parsons, D. N. & Sims-Williams, P. eds., *Ptolemy*, 83-113.
- Bertoldi, V.: 1950: *Colonizzazioni nell’antico Mediterraneo occidentale alla luce degli aspetti linguistici*, Napoli.
- Blázquez, J. M.^a: 1961: “Las relaciones entre Hispania y el Norte de Africa durante el gobierno bárquida y la conquista romana”, *Saitabi* 11, 21-43.
- Búa, J. C.: 2000: *Estudio lingüístico de la teonimia lusitano-gallega*, tesis doctoral inédita de la Universidad de Salamanca.
- Cadogan G., ed.: 1986: *The End of the Early Bronze Age in the Aegean*, Leiden.
- Cardona, G. R.: 1976: *Introduzione all’etnolinguistica*, Bologna.
- Caro Baroja, J.: 1971: “La realeza y los reyes en la España antigua”, Tovar & Caro Baroja, *Estudios*, 51-159 (= 1986: *España Antigua*, 135-223).
- : 1986: *España Antigua (Conocimiento y fantasías)*, Madrid.

- Corominas, J.: 1956: "New Information on Hispano-Celtic from the Spanish Etymological Dictionary", *ZCP* 25, 30-58 (= *Topica* II, 195-235).
- : 1965: *Estudis de toponímia catalana* I-II, Barcelona.
- : 1972: *Tópica hispérica* I-II, Madrid.
- : 1976: *Entre dos llengüatges* 1-3, Barcelona.
- : 1976: "Elementos prelatinos en las lenguas romances hispánicas", *Actas I Coloquio*, 87-164.
- Corominas, J. & Pascual, J. A.: 1980-1991: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* I-VI, Madrid.
- Coromines, J.: 1980ss.: *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*, Barcelona.
- Criniti, N.: 1970: *L'epigrafe di Ausculum de Gn. Pompeo Strabone*, Milano.
- Crowley, T.: 1997³: *An Introduction to Historical Linguistics*, Auckland.
- Desanges, J.: 1977: "Sur quelques rapports toponymiques entre l'Ibérie et l'Afrique Mineure dans l'antiquité", *La toponymie antique*, 249-64.
- Domergue, C.: 1970: "Introduction à l'étude des mines d'or du nord-ouest de la Péninsule Ibérique dans l'antiquité", *Legio VII*, 255-85.
- : 1972-1974: "A propos de Pline, *Naturalis Historia*, 33, 70-78, et pour illustrer sa description des mines d'or romaines d'Espagne", *AEArq* 45-47, 499-548.
- : 1990: *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'antiquité romaine*, Roma.
- Domínguez Monedero, A. J.: 2000: "Monedas e identidad étnico-cultural de las ciudades de la Bética", García-Bellido, M. P. & Callegarin, L. coords., *Los cartagineses*, 59-74.
- ELH = *Enciclopedia lingüística hispánica* I: 1960: dirigida por M. Alvar et alii, Madrid.
- Espinosa, U. & Usero, L. M.: 1988: "Eine Hirtenkultur im Umbruch. Untersuchungen zu einer Gruppe von Inschriften aus dem conventus Caesaraugustanus (Hispania Citerior)", *Chiron* 18, 477-504.
- Faria, A. Marques de: 1990-91: "Antropónimos em inscrições hispánicas meridionais", *Portugalia* 11-12, 73-88.
- : 1994: "Subsídios para o estudo da antroponímia ibérica", *Vipasca* 3, 65-71.
- : 2000: "Crónica de onomástica paleo-hispânica (1)", *Revista Portuguesa de Arqueologia* 3:2, 61-6.
- Faust, M.: 1966: *Die antiken Einwohnernamen und Völkernamen auf -itani, -etani*, Göttingen.
- : 1976: "Cuestiones generales de toponimia prerromana", *Actas I Coloquio*, 165-89.
- Faust, M. & Tovar, A.: 1971: "Notizen zur Methodologie der althispanischen Onomastik", *BNF*. NF 6, 337-356.
- García Alonso, J. L.: 1993: *La Geografía de Claudio Ptolomeo y la Península Ibérica*, tesis inédita, Salamanca.
- : 2000: "On the Celticity of the Duero Plateau: Place-Names in Ptolemy", Parsons, D. N. & Sims-Williams, P. eds., *Ptolemy*, 29-53.

- García-Bellido, M^a P.: 1987: "Leyendas e imágenes púnicas en las monedas libiofenices", *Actas IV Coloquio*, 499-519.
- García-Bellido, M^a P. & Callegarin, L. coords.: 2000: *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo occidental*, Madrid.
- García-Bellido, M^a P. & Centeno, R. M. S. eds.: 1995: *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*, Anejos de AEspA 14, Madrid.
- García Moreno, L.: 2001: "Los topónimos en -ippo. Una reflexión etnográfica", *Actas VIII*, 161-8.
- Gómez-Moreno, M.: 1949: *Misceláneas. Historia, Arte, Arqueología. Primera serie: la antigüedad*, Madrid.
- Gómez-Pantoja, J. & Alfaro, E.: 2001: "Indigenismo y romanización en las tierras altas de Soria", *Actas VIII*, 169-87.
- Gorrochategui, J.: 1984: *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao.
- : 1987: "Vasco-Celtica", *ASJU* 21, 951-9.
- : 1995: "Basque Names", *Namenforschung* !, 747-56.
- Hester, D. A.: 1965: "'Pelagian" - A new Indo-European Language?", *Lingua* 13, 335-84.
- de Hoz, J.: 1963: "Hidronimia antigua europea en la Península Ibérica", *Emerita* 31, 227-42.
- : 1965: "La hidronimia antigua europea: origen y sentido", *Emerita* 33, 15-22.
- : 1982: "La geografía lingüística y onomástica de las lenguas prerromanas: problemas ilíricos e hispánicos", *Actes du troisième Symposium International de Thracologie*, 62-84. Roma.
- : 1983: "Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península ibérica", *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo* I, 351-396.
- : 1986: "El nombre de Salamanca", *Salamanca. Geografía. Historia. Arte. Cultura*, Salamanca, 11-8.
- : 1989: "El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional", M. E. Aubet ed., *Tartessos*, 523-87.
- : 1995: "Áreas lingüísticas y lenguas vehiculares en el Mediterráneo occidental", *L'Italia e il Mediterraneo*, 11-44.
- : 1995: "Tartésio, fenicio y céltico, 25 años después", *Tartessos 25 años después*, 591-607.
- : 1999: "Los negocios del señor Heronoiyos. Un documento mercantil, jonio clásico temprano, del Sur de Francia", J. A. López Férrez ed., *Desde los poemas homéricos hasta la prosa griega del siglo IV d.C.*, Madrid, 61-90.
- : 2001: "Hacia una tipología de la lengua ibérica", *Actas VIII*, 335-62.
- : e. p. (2000): "Las sibilantes ibéricas", *Linguistica è storia. Scritti per Carlo de Simone*.
- Hübner, E.: 1893: *Monumenta Linguae Ibericae*, Berlin (= MLI).
- Hubschmid, J.: 1954: *Pyrenäenwörter vorromanischen Ursprungs und das vorromanische Substrat der Alpen*, Salamanca.
- : 1960: "Lenguas no indoeuropeas: testimonios románicos", *ELH* 27-66.
- : 1960: "Toponimia prerromana", *ELH* 447-93.

- IEW: vid. Pokorny: 1951-59.
- Indigenismo y romanización: 1983: *Indigenismo y romanización en el Conventus Asturum*, Madrid.
- Jungemann, F. H.: 1955: *La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones*, Madrid.
- Katičić, R.: 1976: *Ancient Languages of the Balkans* 1-2, The Hague-Paris.
- Koch, M.: 1984: *Tarschisch und Hispanien*, Berlin.
- Krahe, H.: 1949/50-54 : “Alteropäische Flußnamen”, *BNF* 1, 24-51, 247-66; 2, 113-31, 217-37; 3, 1-18, 153-70, 225-43; 4, 37-53, 105-22, 234-43; 5, 97-114.
- : 1954: *Sprache und Vorzeit*, Heidelberg.
- : 1957: “Indogermanisch und Alteuropäisch”, *Saeculum* 8, 1-16 (= Scherer ed.: 1968: *Urheimat*, 426-54).
- : 1962: *Die Struktur der alteuropäischen Hydronymie*, Wiesbaden.
- : 1964: *Unsere ältesten Flußnamen*, Wiesbaden.
- : 1965: “Vom Illirischen zum Alteuropäischen”, *IF* 69, 201-12.
- Lambert, P.-Y.: 1994: *La langue gauloise*, Paris.
- Lapesa, R.: 1981⁹: *Historia de la lengua española*, Madrid.
- Lazzeroni, R.: 1964: “ Considerazioni sulla formazione del lessico indo-europeo occidentale”, *Studi e saggi linguistici* 4, 1-86.
- Legio VII Gemina* : 1970: León.
- Lejeune, M., J. Pouilloux & Y. Solier: 1988 (= 1990): “Étrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)”, *RAN* 21, 19-59.
- Llorente, A.: 1986: *Los topónimos españoles y su significado*, Salamanca.
- Lochner von Hüttenbach, F.: 1996: “Namen als (sprach-) archäologische Funde: Orts-, Berg-, Fluß-, und andere Namen als Zeugen der frühesten Geschichte”, *Namenforschung* 2, 1692-6.
- Luján, E. R.: 1996 (1997): “La onomástica celtibérica: actualización y aspectos comparativos”, *Veleia* 13, 199-217.
- : 2000: “Ptolemy's *Callaecia* and the Language(s) of the *Callaeci*”, Parsons, D. N. & Sims-Williams, P. eds., *Ptolemy*, 55-72.
- Menéndez Pidal, R.: 1952: *Toponimia prerrománica hispana*, Madrid.
- Michelena, L.: 1979: “La langue ibère”, *Actas* II, 23-39 (= 1985: *Lengua* 341-56).
- : 1985: *Lengua e historia*, Madrid.
- MLH = Untermann, 1975 . . ., *Monumenta*.
- MLI = Hübner, 1893, *Monumenta*.
- Morpurgo Davies, A.: 1986: “The Linguistic Evidence: Is There Any?”, G. Cadogan ed., *The End of the Early Bronze Age in the Aegean*, Leiden, 93-123.
- Namenforschung: 1995, 1996: *Namenforschung. Name Studies. Les noms propres* 1-2, hrsg. v. E. Eichler, G. Hilty, H. Löffler, H. Steger, L. Zgusta, Berlin.
- Nicolaisen, W. F. H.: 1957: “Die alteuropäischen Gewässernamen der britischen Hauptinsel”, *BzNF* 8, 211-68.
- : 1976: *Scottish Place-Names*, London.

- Oroz, F.: 1996: "Sobre palabras prerromanas en escritores latinos. A propósito de una reciente edición del libro XXXIII de la *Historia Naturalis* de Plinio", *Actas VI*, 206-15.
- Palomar, M.: 1957: *La onomástica personal prelatina de la antigua Lusitania*, Salamanca.
- : 1960: "Antroponimia prerromana", *Enciclopedia Lingüística Hispánica I*, 101-126. Madrid.
- Parsons, D. N.: 2000: "Classifying Ptolemy's English Place-Names", Parsons, D. N. & Sims-Williams, P. eds., *Ptolemy*, 169-78.
- Parsons, D. N. & Sims-Williams, P. eds.: 2000: *Ptolemy. Towards a linguistic atlas of the earliest Celtic place-names of Europe*, Aberystwyth.
- Perea, A. & Sánchez-Palencia, F. J.: 1995: *Arqueología del oro astur. Orfebrería y minería*, Oviedo.
- Pokorny, J.: 1938: *Zur Urgeschichte der Kelten und Illyrier*, Halle.
- : 1951-59: *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch* (= IEW) I-II, Bern & München.
- Quattordio Moreschini, A.: 1984: *La formazioni nominali greche in -NTH-*, Roma.
- Quesada, F. & García-Bellido: 1995: "Sobre la localización de *ikale(n)sken* y la iconografía de sus monedas, M. P.: García-Bellido, M^a. P. & Centeno, R. M. S. eds., *La moneda hispánica*, 65-73.
- Ringe, D. A.: 1992: "On calculating the factor of chance in language comparison", *Transactions of the American Philosophical Society* 82, 1-110.
- Rix, H.: 1954: "Zur Verbreitung und Chronologie einiger keltischer Ortsnamentypen", *Festschrift für Peter Goessler*, Stuttgart, 99-107.
- Sánchez-Palencia, F. J.: 1983: "Explotaciones auríferas en el "Conventus Asturum", *Indigenismo y romanización*, 67-87.
- Schmid, W. P.: 1968: *Alteuropäisch und Indogermanisch*, Wiesbaden.
- : 1981: "Die alteuropäische Hydronymie. Stand und Aufgaben ihrer Erforschung", *BNF* 16, 1-12.
- : 1987: "'Indo-European'—'Old-European'", Skomal, S. N. & Polomé, E. C., *Proto-Indo-European*, 322-38.
- : 1995: "Alteuropäische Gewässernamen", *Namenforschung* 1, 756-62.
- Schmoll, U.: 1959: *Die Sprachen der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, Wiesbaden.
- Schulten, A.: 1955-57: *Iberische Landeskunde. Geographie des antiken Spanien*, Strasbourg-Kehl.
- : 1958-63: *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica* I-II, Madrid (trad. de la ed. alemana de 1955-57).
- Sieglin, W.: 1934: "Die Namensform der Stadt Tartessos", *ZfOrtsnamenforschung* 10, 266-75.
- Sims-Williams, P.: 2000: "Degrees of Celticity in Ptolemy's Names: Examples from Wales", Parsons, D. N. & Sims-Williams, P. eds., *Ptolemy*, 1-15.

- Skomal, S. N. & Polomé, E. C.: 1987: *Proto-Indo-European: The Archaeology of a Linguistic Problem. Studies in Honor of Marija Gimbutas*, Washington.
- Solà, J. ed.: 1999: *L'obra de Joan Coromines*, Sabadell.
- Tagliavini, C.: 1973: *Orígenes de las lenguas neolatinas*, México (edic. italiana Bolonia 1949, 1969⁵).
- Talbert, R. J. A. ed.: 2000: *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton & Oxford.
- Tartessos 25 años después* : 1995: Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez de la Frontera.
- Thurneysen, R.: 1884: *Keltoromanisches. Die keltische Etymologieen im etymologischen Wörterbuch der romanischen Sprachen vom F. Diez*, Halle.
- TIR J-29: 1995 = *Tabula Imperii Romani. Hoja J-29: Lisboa*, Madrid.
- Tovar, A.: 1949: *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires.
- : 1954: "Sobre el planteamiento del problema vasco-ibérico", *Archivum* 4, 220-31 (reimpreso con adiciones en Tovar: 1959: *El Euskera* , 38-61).
- : 1956: "Extensión de la lengua ibérica en Andalucía", *Zephyrus* 7, 81-3.
- : 1959: *El Euskera y sus parientes*, Madrid.
- : 1960: "Lenguas no indoeuropeas: testimonios antiguos", *ELH* 3-26 (recogido en 1961: *The Ancient Languages*).
- : 1961: *The Ancient Languages of Spain and Portugal*. Nueva York (cf. 1960: *ELH*).
- : 1962: "Les Celtes en Bétique", *EC* 10, 354-73.
- : 1974: *Iberische Landeskunde. I Baetica*, Baden-Baden.
- : 1976: *Iberische Landeskunde 2. Lusitanien*, Baden-Baden.
- : 1977: *Krahes alteuropäische Hydronymie und die westindogermanischen Sprachen*, Heidelberg.
- Tovar, A. & Caro Baroja, J.: 1971: *Estudios sobre la España antigua*, Madrid.
- Trask, R. L.: 1996: *Historical Linguistics*, London.
- : 1997: *The History of Basque*, London & New York.
- Untermann, J.: 1959, 1960, 1961: "Namenlandschaften im alten Oberitalien", *BzN* 10, 74-108, 121-59; 11, 273-318; 12, 1-30.
- : 1961: *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden (traducción portuguesa en *RGuim* 77, 1962, española en *APL* 10, 1963).
- : 1962: "Personennamen als Sprachquelle in vorrömischen Hispanien", *II Fachtagung für indogermanische und allgemeine Sprachwissenschaft. Innsbruck 1961*, Innsbruck.
- : 1965: *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua*, Madrid.
- : 1975/1980/1990/1997: *MLH = Monumenta Linguarum hispanicarum. I. Die Münzlegenden. II. Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich. III. Die iberischen Inschriften aus Spanien. IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden.

- : 1976: "Pompaelo", *BzN* 11, 121-35.
- : 1980: *Trümmersprachen zwischen Grammatik und Geschichte*. Rheinisch-Westfälische Akademie der Wissenschaften. Vorträge. G 245. Opladen.
- : 1983: "Indogermanische Restsprachen als Gegenstand der Indogermanistik", E. Vineis ed., *Le lingue indoeuropee*, 11-28.
- : 1985: "Lenguas y unidades políticas del Suroeste hispánico en época prerromana", pp. 1-40 de Ch. Wentzlaff-Eggebert ed., *De Tartessos a Cervantes*, Köln-Wien.
- : 1985: "Los teónimos de la región lusitano-gallega como fuente de las lenguas indígenas", *Actas del III Coloquio*, 343-63.
- : 1987: "Repertorio antroponímico ibérico", *APL* 17, 289-318.
- : 1988: "Zur Morphologie der lusitanischen Götternamen", *Homenagem a Joseph M. Piel por ocasião do seu 85.º aniversário*, editada por D. Kremer, Tübingen, 123-38.
- : 1993: "Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica", Almagro-Gorbea, M. & Ruiz Zapatero, G., eds., *Paleoetnologia*, 19-33.
- : 1995: "Die vorrömischen Namen in Hispanien und Aquitanien", *Namenforschung* 1, 738-46.
- : 1996: "La onomástica celtibérica", *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas* 2, 109-56.
- : 1999: "«Alteuropäisch» in Hispanien", *Florilegium Linguisticum. Festschrift für Wolfgang P. Schmid zum 70. Geburtstag* herausg. v. E. Eggers, J. Becker, J. Udolph, D. Weber, Frankfurt am Main-Berlin-Bern-Bruxelles-New York-Wein, 509-18.
- : 1999: "Joan Coromines y la onomástica de la Hispania antigua", Solà, J. ed., *L'obra*, 183-92.
- Villar, F.: 1993: "Talabara, Talavera, Toledo", *Studia palaeohispanica*, 287-95.
- : 1993-95: "Un elemento de la religiosidad indoeuropea: Trebarune, Toudopalandaigae, Trebopala, Pales, Višpála-", *Kalathos* 13-14, 355-88.
- : 1995: *Estudios de celtibérico y de toponimia prerromana*, Salamanca.
- : 1995: "El hidrónimo prerromano *Tamusia*, moderno *Tamuja*", *Hispano-Gallo-Brittonica*, 260-77.
- : 1996²: *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*, Madrid.
- : 1996: "El teónimo lusitano *Reve* y sus epítetos", *Die grösseren altkeltischen Sprachdenkmäler*, Innsbruck, 160-211.
- : 1999: "Joan Coromines y los substratos prerromanos de la península Ibérica", Solà, J. ed., *L'obra*, 53-65.
- : 1999: "Los topónimos meridionales de la serie *ipo*", *Actas VII*, 685-718.
- : 2000: *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca.

Sobre algunos problemas del estudio de las lenguas paleohispánicas

-----: 2001: “Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Península Ibérica”, *Actas VIII*, 257-83.

-----: e. p.: “Los topónimos *Tucci*. Identificación de una etimología indoeuropea”.

Vineis, E. ed.: 1983: *Le lingue indoeuropee di frammentaria attestazione. Die indogermanischen Restsprachen. Udine 1981, Pisa.*

Javier De Hoz
Universidad Complutense de Madrid
e-mail: dehoz@eucmos.sim.ucm.es